



Verano 2015
Núm. 21

HACIA UNA ECONOMÍA FEMINISTA

HUERTOS EN TIEMPOS DE GUERRA

LO COTIDIANO DE LO RURAL

REVISTA
SOBERANÍA
ALIMENTARIA
BIODIVERSIDAD
y culturas

Soberanía Alimentaria, Biodiversidad y Culturas es una publicación trimestral para el Estado español de información, debate y reflexión sobre temáticas rurales bajo una óptica política de Soberanía Alimentaria. Un instrumento de pensamiento crítico hecho por las manos y para las manos de las gentes que integran los movimientos que defienden un mundo rural vivo.



Verano 2015 Núm. 21

PORTADA POR: BITXO

Bitxo es el error que nace de la mezcla del arte y la dulce desobediencia. Dibuja, pinta, cose, planta su comida, intenta tocar el acordeón, corre por los bosques y arranca eucaliptos. Se formó en Bellas Artes con especialidad en Pintura y Escultura por la Universidad de Vigo, y acabó su formación en Brasil. Hoy en día se ha replegado en el medio rural, donde vive y da vida al Proyecto CasaMiguel.org. Sus gestaciones son errores bonitos, monstruos salvajes, acumulaciones de pelos, son bestias desobedientes, jaurías de animales delirantes, cuerpos caóticos y especies híbridas. Dibuja todas esas cosas que habitan entre los espacios donde se rozan los mundos.

<http://purajauria.molestar.org/>

Las organizaciones que coeditamos la revista **Soberanía Alimentaria, Biodiversidad y Culturas** somos:



Os invitamos a que os comunicuéis con el equipo redactor [info@soberaniaalimentaria.info] y nos enviéis vuestras experiencias, sugerencias y comentarios así como aportaciones gráficas para próximos números. Los artículos firmados son responsabilidad de sus autores. El material aquí recogido puede ser divulgado libremente, aunque agradeceríamos que citarais la fuente.

Agradecemos la colaboración en este proyecto a las ONG que figuran en la contraportada. Amb el suport de l'Ajuntament de Barcelona - Cooperació Internacional, Solidaritat i Pau



ORGANIZACIONES COEDITORAS

La Vía Campesina
Plataforma Rural
GRAIN

ORGANIZACIONES COLABORADORAS

Amigos de la Tierra
Ecologistas en Acción
Entrepueblos
Ingeniería Sin Fronteras Valencia
Mundubat
Justicia Alimentaria Global – VSF
Emaús Fundación Social
Periferies
OSALA
CERAI

COMITÉ EDITORIAL

–Paul Nicholson
–Jerónimo Aguado Martínez
–Henk Hobbelenk
–Helen Groome
–Belén Verdugo Martín
–Marta G. Rivera Ferre
–Fernando Fernández Such
–Carlos Vicente
–Eva Torremocha
–Blanca Ruibal

EQUIPO EDITOR

Gustavo Duch
(gustavo@soberaniaalimentaria.info)
Patricia Dopazo
Carles Soler

CORRECCIÓN

Eva CM

ARTE Y MAQUETACIÓN

www.mareavacia.com

DIRECCIÓN POSTAL:

c/ Girona 25, principal
08010 Barcelona

WWW.SOBERANIAALIMENTARIA.INFO

facebook.com/revistasoberaniaalimentaria

@revistaSABC

Depósito Legal B-13957-2010
ISSN 2013-7567

EDITORIAL

El diálogo de los pájaros	4
AMASANDO LA REALIDAD	
La economía feminista y la soberanía alimentaria	
<i>Sarai Fariñas Ausina</i>	6
Un día para hablar de nosotras	
<i>Patricia Dopazo Gallego</i>	13
ATAQUES Y RESISTENCIAS	
Los huertos de Yarmouk	
<i>Consejo editor</i>	20
Ratas de laboratorio	
<i>Lucía Maina</i>	24
EN PIE DE ESPIGA	
Aprender de sistemas comunales	
<i>Pablo Domínguez Gregorio</i>	30
Equilibrar desequilibrios	
<i>M^o del Mar Martín Martín</i>	34
¿Hay un lugar para el pequeño comercio en la	
soberanía alimentaria?	
<i>Daniel López</i>	36
Jornada “Del campo a las urnas”	
<i>Consejo editor</i>	40
PALABRA DE CAMPO	
Entrevista a Teonila Porro Relea	
<i>Violeta Aguado Delgado</i>	42
Aprender del futuro	
<i>Helen Groome</i>	46
DE UN VISTAZO Y MUCHAS ARISTAS	
Breves	47
Una diosa desnuda	49
Leyes que criminalizan las semillas campesinas	
<i>Consejo editor</i>	50
Soberanía alimentaria y comunidad	
<i>Asociación Emaús</i>	52

El diálogo de los pájaros

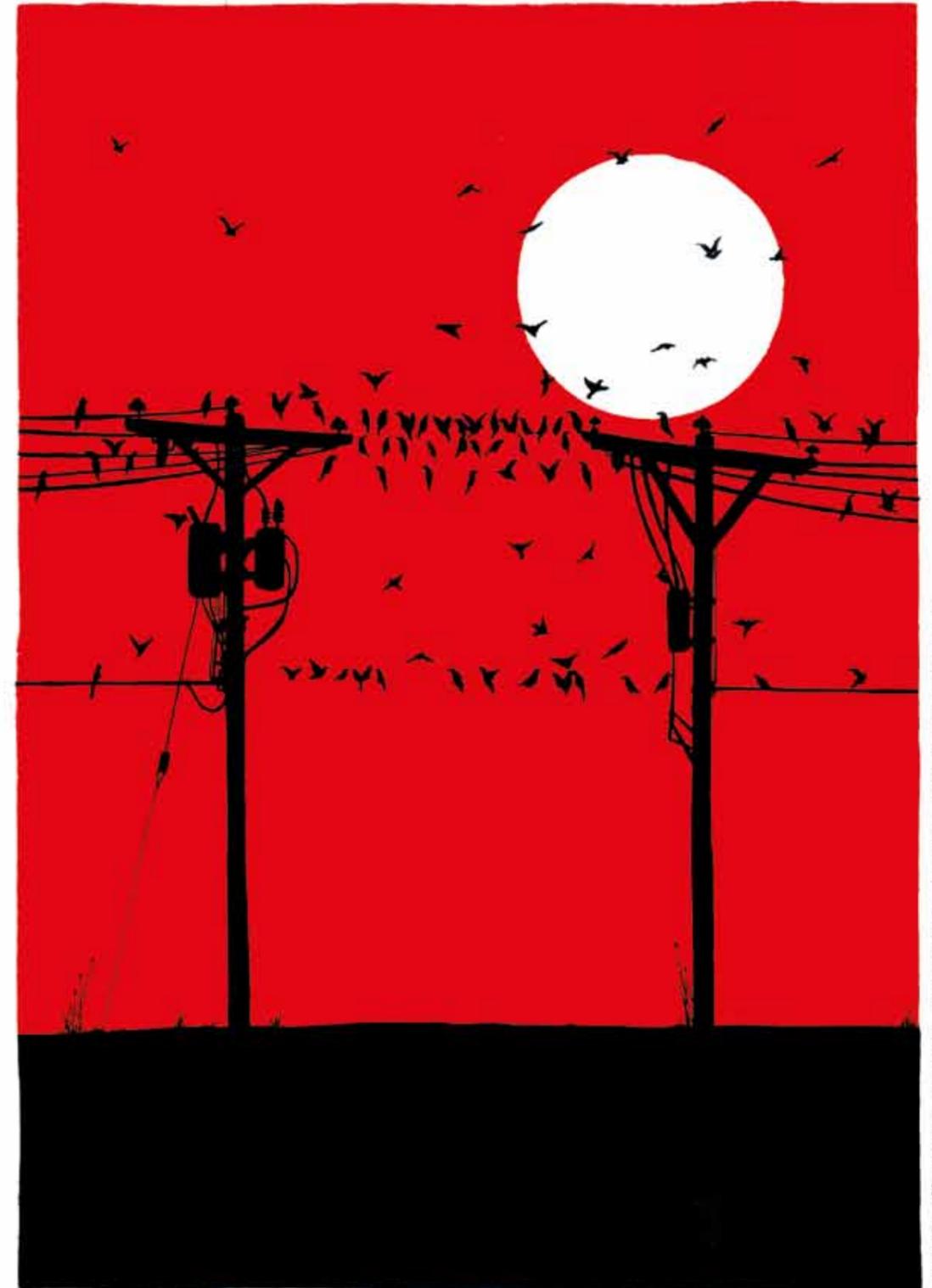
Es difícil hablar de soberanía alimentaria y no hablar de economía feminista. Aunque no se mencione explícitamente, muchos artículos que hemos publicado han hablado de ella. Sin embargo, hace tiempo que queríamos hacer un número en el que fuera el tema central, poder verlo en la portada y ofrecer estas páginas para que se produjera un diálogo entre ellas en el que se apreciara todo lo que tienen en común; para que, juntas, desmonten los dogmas del actual sistema económico.

Esta revista se considera feminista en tanto que intenta visibilizar y denunciar el patriarcado y construir nuevas formas de relacionarnos entre nosotras y con la naturaleza, que son lo mismo. Lo habremos conseguido o no, pero lo importante es que nos sentimos parte de un proceso de aprendizaje continuo y colectivo, y que estamos para mostrar estos avances y retrocesos, tratando de aportar al cambio; creando y compartiendo lugares donde puedan posarse los pájaros de nuestra cabeza, como dice la viñeta que ilustra estas páginas.

Cuando el actual sistema económico ha puesto la vida al servicio del capital, la economía feminista rompe con este dogma y pone la vida en el centro de las prioridades, revisando las relaciones de poder que se dan cotidianamente en la sociedad capitalista, denunciándolas y construyendo colectivamente nuevas propuestas para una vida digna de ser vivida. La soberanía alimentaria trabaja para crear y recuperar una manera de entender la agricultura y la alimentación como forma esencial de relación con la vida. Los puntos de conexión donde pueden enriquecerse son obvios.

Este cuestionamiento que hace la economía feminista nos ayuda a entender y denunciar el porqué de muchas dinámicas de los sistemas agrarios dominantes. Que se permitan las fumigaciones aéreas con pesticidas como el glifosato para producir más soja, sin importar las consecuencias que tiene sobre la población de esos lugares ni la destrucción de la biodiversidad o de la fertilidad de la tierra, es una muestra. Que algunas fuerzas políticas del Estado español defiendan tratados de libre comercio como el TTIP solo para favorecer los beneficios de grandes empresas haciendo imposible la vida de muchas pequeñas fincas, sería otra muestra. También la expansión en África de la palma aceitera como materia prima barata para la industria agroalimentaria es una lamentable muestra más. Cada nuevo campo de palma es un acaparamiento de tierras que impide a muchas comunidades vivir su día a día. Estas situaciones las encontramos explicadas en otros artículos de la revista.

El número se complementa con otras temáticas que esperamos que os agraden, como nos ha agradado a nosotros conocer la experiencia de vida de Teonila Porro, los sistemas comunales de las zonas de montaña de Marruecos o, desde luego, la constancia de las personas refugiadas palestinas en Siria cuando, ahora que la guerra también los asola en su morada provisional, hacen del cultivo de la tierra un acto de liberación.



Materia dispersa, escribe Dino Lanti, ilustra Daniel Montero Galán. materiaispersa.blogspot.com.es

Utopía es el lugar en el que los pájaros que tenemos en la cabeza puedan posarse

La utopía está en el horizonte. Camino dos pasos, ella se aleja dos pasos y el horizonte se corre diez pasos más allá. ¿Entonces para que sirve la utopía? Para eso, sirve para caminar.

Eduardo Galeano

Sarai Fariñas Ausina

LA ECONOMÍA FEMINISTA Y LA SOBERANÍA ALIMENTARIA

HACIA UNA COMPRENSIÓN DEL VÍNCULO

Un día impregnado de la práctica de la economía feminista

Huerta de Alborai (Valencia), seis menos diez de la mañana del 20 de diciembre de 1981. Amparo se despierta, busca las zapatillas palpando el suelo con los pies; los ojos aún cerrados; repasa de memoria las cosas urgentes antes de que sus dos hijas y su hijo se levanten: acabar de coser el vestuario para la obra de Navidad (las de pastoras están casi a punto pero al de rey Gaspar hay que coserle los bajos y acabar los puños); encender la cocina económica; dar de comer a las gallinas; preparar los desayunos y meter en la fiambra la comida que preparó ayer para Vicent, su marido, que trabaja actualmente como asalariado temporero en la cosecha de la naranja y el resto del año en la cementera de Buñol. Después, cuando las niñas y el niño se hayan ido a la escuela, debe despertar a Isabel, su suegra, darle el desayuno en la cama, lavarla, peinara y cambiar las sábanas. A las 9 tiene que estar en la consulta del médico para recoger las recetas, el 67 le deja cerca del consultorio y de paso puede comprar la sémola y las lentejas. A la vuelta hay que recoger del huerto las habas, las espinacas y las acelgas, también las coliflores, que están a punto. No debería dejar pasar de hoy para seleccionar las semillas de la alcachofa para la próxima siembra. Con eso, con los huevos de las gallinas

y con los 6 naranjos de nável que tienen en la parcela, y que están llenitos, les va a dar margen para comer durante las Navidades y para vender lo que les sobre. Este año no hacen matanza en su casa porque decidieron no criar más cerdos, pero ella, junto a las mujeres de las alquerías vecinas va a encargarse de embutir, secar y conservar en *frito* toda la matanza de los Olivares, la familia vecina que aún conserva cerdos y vacas.

Por la tarde, ha quedado con su cuñada, que se acaba de separar de su marido y necesita un apoyo fuerte de alguien que sepa escuchar. Amparo es toda oídos. Después lavará la ropa (menos mal que han invertido en una Jata que le facilita muchísimo la vida) y preparará la cena y la comida para mañana. Ayudará a las dos mayores a acabar el último trabajo antes de vacaciones y se quedará tejiendo la chaqueta que estrenará su marido para Nochebuena. Mañana empieza otro día.

Un escenario común. Salvo algunas diferencias, podemos imaginar fácilmente la vida de una mujer en 2015, en Alborai, Cochabamba, Cajamarca o Sodupe.

Esta *economía doméstica del cuidado* –a la que luego le dedicamos un pensamiento– es la que nos permite vivir una vida plena; nos lleva de la mano para poder llegar a ser seres dotados de las condiciones necesarias para poder transitar

un mundo en el que la sostenibilidad de la vida sea la columna vertebral de nuestra existencia. Es una economía que produce bienes, servicios y cuidados, tanto materiales como emocionales que permiten satisfacer las necesidades fundamentales de las personas a lo largo de todo su ciclo vital. Por eso se habla de reproducción de la vida, son tareas que permiten que la vida siga adelante, sin parar.

Introducción a la comprensión histórica de la economía feminista

Si retenemos el ejemplo de Amparo en Alborai, no nos cuesta poner en evidencia que este trabajo ha sido históricamente feminizado –aquel atribuido históricamente y socialmente a las mujeres– e indudablemente invisibilizado.

Durante muchos años en Europa –y actualmente en muchos contextos geográficos–, antes de la aparición y posterior desarrollo del capitalismo, los procesos de producción material y reproducción de la vida humana coexistían en un mismo espacio físico constituido por los hogares y las tierras colindantes de las que extraían el sustento alimentario familiar.

Cuando el capitalismo inunda con su lógica los procesos en los que se desarrolla la vida, se establece una separación entre el lugar destinado al trabajo para la producción del mercado, cuya productividad está marcada por el valor de cambio –que es el que posee una mercancía–, y el espacio destinado al trabajo para la reproducción de la vida (dentro de las paredes del hogar), cuyo motor es la creación de valor de uso –aquel que sirve para satisfacer una necesidad–.

Si nos detenemos en este punto, no nos costará llegar a la conclusión de que el primer trabajo (el destinado a la producción del mercado) es el que ha tomado un protagonismo clave en el pensamiento económico, pero también en nuestros propios imaginarios. Pensemos que la identificación de trabajo con dinero, ha supuesto la invisibilización de otro tipo de trabajos (los

de cuidados) que además de sostener una vida digna de ser vivida, han contribuido a que el trabajo destinado a la acumulación de capital sea viable y posible.

Veámoslo con el ejemplo de Amparo y Vicent. *Ella no trabaja* podría ser una de las primeras



sentencias que la lógica económica hegemónica y nuestra cosmovisión colonizada por el actual *orden de las cosas* daría por válida. Cuando hacemos la equivalencia de moneda por trabajo ocurren estos sinsentidos.

Amparo mantiene diariamente un hogar en el que la vida renace cada día a base de esfuerzo físico, emocional y de su tiempo, que se estira tanto como la dignidad de la vida merece en cada momento. Ella, desposeída de cualquier insumo económico y de la propiedad de la tierra –que está a nombre de su esposo– no cuenta nada para el mercado. Sin embargo, su esposo, que trabaja por los meses de diciembre y enero en la recolecta de la naranja, aparece cada día lavado, planchado, almorzado, comido, cenado, con la madre limpia y sana, las hijas e hijo atendidos (en el más amplio concepto) y con la chaqueta que estrenará en Navidad a punto. ¿En qué medida contribuye ese trabajo feminizado que realiza su mujer para que la propia lógica del mercado siga funcionando como si nada?

Pues la crítica feminista al marxismo habla precisamente de esto. Al señor Carlos Marx se le olvida contabilizar cuánto han trabajado las mujeres de los obreros de las fábricas para que la lógica de acumulación capitalista pueda desarrollarse sin inconvenientes. En este sentido, se entendería que los únicos agentes económicos son las empresas, que producen bienes y servicios que luego llegan a los hogares y son los que permiten satisfacer las necesidades de la gente. Y aquí podríamos preguntarnos, al hilo de lo que cuestiona Amaia Pérez Orozco: cuando estos bienes y servicios llegan al hogar, ¿se transforman por arte de magia en vida, en personas sanas y saludables que todos los días funcionan?

La economía feminista, en una de sus múltiples vertientes, pretende recuperar todos los trabajos que están haciendo de vínculo entre esos procesos de mercado y la vida *de facto*.

Economías feministas en plural

Es importante entender que la economía feminista es diversa y plural. Depende de quién escribiera este artículo, leería la vida de Amparo y Vicent de una forma muy distinta con soluciones dispares.

Desde la economía del género, que se conoce como el “añada mujeres y revuelva”, podríamos decir que el trabajo es aquello que pasa dentro de la monetarización de la vida. Así que en este sentido, lo ideal sería que Amparo accediera al mercado laboral en igualdad de condiciones con Vicent. No cuestiona el sistema económico capitalista y heteropatriarcal y entiende el trabajo como aquello que se intercambia por el salario.

“ Tanto la soberanía alimentaria como la economía feminista hacen patente la relación imposible entre la sostenibilidad de la vida y la actual lógica productivista. ”

La economía feminista más integradora le diría a Amparo: “Nena, tienes que lograr redistribuir el trabajo doméstico con tu marido”, aludiendo al supuesto de que hay una actividad económica invisible dentro de los hogares, e instaría a Amparo a que se haga presente en el mercado laboral para adquirir poder de decisión vinculado a la remuneración.

Desde la economía feminista de la ruptura se plantea un *crack* con los conceptos de hombre y mujer. Esta economía le preguntaría a Amparo: “Cariño, ¿tú crees que eres mujer solo porque has nacido con dos tetas o crees que la sociedad te ha inculcado muchas cosas sobre cómo ser mujer?” Y nos iríamos a la mítica frase de Simone de Beauvoir: “No se nace mujer, se llega a serlo”.

Desde esta perspectiva, también se plantea pensar en que el capitalismo ha hecho que veamos una diferencia entre trabajo y vida cuando, en realidad estas barreras no son obvias en contextos culturales distintos al nuestro. Y le preguntaría a Amparo: “¿Qué diferencia hay entre cuando estás haciendo mermeladas para vender a tus vecinas y cuando las estás haciendo para

Economía de los cuidados y cosmovisiones campesinas

Sarai Fariñas Ausina

En este punto es interesante detenerse en uno de los conceptos que surge dentro de la economía feminista y que presenta su más resbaladizo lado cuando lo miramos en los espejos de la cotidianeidad: la *economía del cuidado*. No por casualidad, en los 70, este concepto se rechaza por muchas de las corrientes feministas, al sugerir que la idea de cuidado es muy fácilmente aceptada por visiones que feminizan e incluso maternalizan el cuidado, naturalizándolo como lo propio de las mujeres/madres. Cuando Clara Murguialday preguntaba abiertamente a un grupo de hombres en Nicaragua si sentían que sus mujeres hacían todo el trabajo de cuidados a cambio de amor, y porque les venía dado por naturaleza, la respuesta era contundente: “Sí”. Es en este punto donde la vida diaria nos invita a sentarnos en la silla de pensar: “¿Cómo recuperar el concepto de *economía de cuidado* para que sea liberador para todas aquellas mujeres cuidadoras que han intercambiado cuidados por afecto?”

Las mujeres campesinas, en sus múltiples identidades –como mujeres y como campesinas– han cumplido un mandato de género que tenía un pilar central: ser cuidadoras. Durante mi etapa en Guatemala, una mujer de Sipakapa me contaba cuál era su jornada laboral –ahora que un proyecto de cooperación le había “obsequiado” con paneles solares y habían conseguido consumirle hasta la última gota de su fuerza alargando la jornada laboral 2 horas más, que utilizaba para tejer–. Cada paso de esos exhaustos días que la compañera relataba tenía que ver con unos cuidados que ofrecía a fondo perdido a su familia y a su comunidad, y que permitían, en última instancia, sostener la vida. Es complejo intentar abordar este tema desde una pretendida neutralidad a la que me niego a acogerme porque creo que no existe, por eso os dejo con el interrogante: ¿Cómo tender puentes entre la certeza de que la mujer carga con los cuidados que deberían pertenecer a la totalidad de la comunidad y el respeto a cosmovisiones campesinas que imprimen un mandato de género que dicta que es la mujer quien debe cuidar?

consumirlas en la casa? ¿Qué es trabajo y qué es vida?”

Además la economía feminista de la ruptura hace una pregunta básica: ¿qué lógicas reproduce el trabajo remunerado masculinizado y el trabajo no remunerado feminizado? Y le diría a Amparo: “Fíjate que el trabajo que tú haces –coser, cuidar de tu suegra, seleccionar las semillas para autoconsumo, recolectar los alimentos y transformarlos en comida, consolar a tu cuñada, etc.– ayuda a sostener una vida digna, no daña la naturaleza y es no remunerado, mientras que los trabajos que hace tu marido en la cementera de Buñol no

ayudan de igual manera que el tuyo a sostener una vida digna, contribuyen a dañar la naturaleza y están remunerados”.

Esta perspectiva, además hace hincapié en que los seres humanos somos *interdependientes* y *ecodependientes*.

Economía feminista, soberanía alimentaria y defensa del territorio

Retomando la interdependencia y la ecodependencia nos preguntamos: ¿Qué tienen en común la economía feminista y la soberanía alimentaria?



Esta pregunta puede ser respondida de manera muy simple. Para la economía feminista hay una tensión permanente que tiene su origen en el conflicto capital-vida. Amaia Pérez Orozco lo explica con algunas claves de la economía marxista: para el capitalismo la máxima es la acumulación de beneficios y utiliza la vida como un medio para lograr su objetivo.

Es decir, una lógica que avala modelos de producción (también modelos de producción agrícola) que atacan sistemáticamente la vida porque su fin último es la acumulación. Y esta, en última instancia, se sostiene de la expropiación de los territorios y del trabajo invisibilizado de sujetos históricamente femeninos. Tanto la soberanía alimentaria como la economía feminista hacen patente la relación imposible entre la sostenibilidad de la vida y la actual lógica productivista.

Para desentrañar más la relación, nos ubicaremos en el epicentro de la Alboraja del 2015 para comprender a una Amparo que ha crecido unos años y que nos iluminará con un relato imaginario pero, como dicen las películas de tarde, basado en hechos reales.

La aprobación de un Plan General de Ordenación Urbana (PGOU) está poniendo en jaque la supervivencia de las familias rurales de

la huerta valenciana. Amparo, que ha tenido una vida dedicada a sostener un hogar digno –con todo lo que ello implica–, no soporta ver cómo los intereses de unos pocos van a tirar por la borda toda una vida. Su casa y la huerta de la que tantos años han comido se puede venir abajo. Su imaginario relato nos pasea por el patio interior donde un armario cansado de soportar intemperies se abre para mostrarnos unos 40 botes de cristal que contienen semillas. Sin nombre. Dice ella que sería capaz de reconocer las semillas de los diversos tomates solo tocándolas. Entre lágrimas nos pregunta que dónde va a plantar ahora ella estas semillas que durante tantos años ha seleccionado. Ella es quien las ha escogido celosamente y ha conservado las especies de su tatarabuelo para que sus nietos continúen plantándolas. Habla bajo y vuelve a preguntar: “¿te crees que esto no lleva trabajo?” Un trabajo invisible, no remunerado, feminizado, que sostiene la dignidad, que alimenta a una familia y que pone en jaque la lógica productivista de la agricultura como simple negocio, ubicándola, con el delicado trabajo vital de Amparo, en el centro de una eco-economía (o economía de la vida) frente a la economía de la muerte del PGOU o –como dice mi compañero Horacio Machado– frente a la *necroeconomía*.

El discurso y el lenguaje de la soberanía alimentaria

Mayté
Guzmán
Mariscal

“El diccionario también ha sido asesinado por la organización criminal del mundo. Ya las palabras no saben lo que dicen”

Eduardo Galeano

Tomado del documental *El orden criminal del mundo*

Las palabras construyen el entorno en que vivimos. Los intercambios del lenguaje, como explica P. Bourdieu, no son meros actos comunicativos, sino que encubren y reflejan relaciones de poder. De la misma manera, Foucault afirma que no solo existe una dicotomía entre el discurso aceptado y el discurso excluido o entre el discurso dominante y el discurso dominado, sino una multiplicidad de elementos discursivos que pueden actuar en estrategias diferentes.

El capitalismo ha conseguido acaparar el discurso cuando de manera sistemática “monopoliza” los conceptos y los “[di]simula” imponiendo una visión retórica y normalizada: por ejemplo, nos habla de crisis alimentaria para no evidenciar responsabilidades en el padecimiento del hambre, la pérdida de soberanía alimentaria, la especulación con los alimentos, los desplazamientos humanos y el acaparamiento de tierras o la desigualdad de oportunidades en el acceso a necesidades básicas.

La mirada ecofeminista también somete a revisión crítica conceptos que sostienen la cosmovisión occidental: ciencia, economía, trabajo, producción o explotación, frente a ideas fundamentales como vida, reproducción, diversidad, soberanía alimentaria, agricultura, resistencia colectiva, bienes comunes, justicia ambiental o derechos de la naturaleza.

En términos generales, el carácter transformador que emana de las propuestas discursivas de las economías feminista, social y solidaria y en particular, la propuesta discursiva del movimiento de la soberanía alimentaria, nos plantea también necesidad de una revisión continua del lenguaje que utilizamos, ya que el lenguaje es la condición para la constitución de personas políticas, y es lo que nos permite cambiar las prácticas del SABER y del HACER.

Pero Alboraja en 2015 es la hermana gemela de Cajamarca en este mismo año. Y el PGOU, el hermano gemelo de la minera Yanacocha. Como decíamos al principio, un escenario común. En esta provincia del norte del Perú, las transnacionales mineras están atacando sistemáticamente la vida, poniendo en peligro las cabeceras de cuenca y contaminando los acuíferos que garantizan la supervivencia de las familias campesinas

en nombre de la lógica de producción. Amparo podría ser en este caso doña Blanca y nos encontraríamos con una campesina peruana que pone en práctica las recetas de la economía feminista para defender una soberanía alimentaria. Una campesina que se cuestiona en voz alta por qué el trabajo de las mujeres –que ha consistido desde que ella tiene razón de ser en proteger a la familia y a la comunidad con su trabajo en la

Patricia Dopazo Gallego



chacra (huerto familiar)– nunca ha sido reconocido, ni con dinero ni con las gracias. Y al mismo tiempo levanta la mirada y con una voz dolorosa vuelve a preguntar: “¿Y por qué el trabajo que han hecho los hombres históricamente (y mira hacia la mina) ha estado tan bien pagado y, sin embargo, ha destruido a nuestra madre tierra y nos ha quitado los alimentos sanos para vivir bien?”

Blanca y Amparo nos dan la clave, pues, para comprender la soberanía alimentaria, la defensa del territorio y la economía feminista de la ruptura como tres claves íntimamente unidas para la derrota del capitalismo patriarcal.

*Sarai Fariñas Ausina
Plataforma per la Sobirania
Alimentària del País Valencià
Socióloga. Desarrollando la tesis doctoral sobre el papel de las mujeres en el conflicto minero conga. Cajamarca, Perú.*

*Ilustraciones: María Maraña
<http://mariapascualfranch.blogspot.com.es/>*

PARA SABER MÁS

Emma Siliprandi y Gloria Patricia Zuluaga (coords.), *Género, agroecología y soberanía alimentaria. Perspectivas ecofeministas*. Icaria editorial, 2014.

Estefanía García Forés, “Ecofeminismos Rurales. Mujeres por la Soberanía Alimentaria”, Revista SABC y Mundubat. Disponible en nuestra web.

Amaia Pérez Orozco, *Subversión feminista de la economía*. Editorial Traficantes de Sueños. Disponible en www.traficantes.net/sites/default/files/pdfs/map4o_subversion_feminista.pdf

AA. VV., *Enlazando Feminismos y Soberanía Alimentaria*, Mundubat y Plataforma Rural. Disponible en www.mundubat.org/archivos/201205/feminismosysacast.pdf?1

Un día para hablar de nosotras

La economía feminista se construye en el día a día, sin recetas, a base de convicciones, sensaciones, experiencias y reflexiones, desde cualquier ámbito de la vida. Para acercarnos a esta construcción desde lo rural, desde la agroecología y la soberanía alimentaria, propiciamos un encuentro entre cuatro mujeres que desde diferentes actividades y territorios, aportan y tejen esta red. Reproducimos una parte de lo mucho que se habló.

Jueves por la mañana. Hace poco que han abierto los puestos del Mercado de San Fernando, en el barrio de Lavapiés de Madrid. Hay pocas personas comprando y la animación la protagoniza el propio grupo de comerciantes, hablando entre tareas alrededor de un café, y quienes reparten y traen mercancías que aportan el ritmo dinámico al entorno. Puntuales, llegan Leti, Isa, Ángeles y Gemma, cada una por su propio camino, habiendo madrugado, con mochilas al hombro y miradas curiosas. Se conocen solo a través de los vídeos de La Revuelta al Campo, el proyecto en el que las cuatro han participado, pero el encuentro parece de viejas amigas. Las

hemos juntado para proponerles que hablen de su día a día, de las percepciones, frustraciones, alegrías y motivaciones de cuatro mujeres que desde lo local aportan a la economía feminista. Nosotras escuchamos.

“Me apetecía venir para escucharlas”, dice Leti, que en vez de trabajar hoy en la huerta trabajará el sábado. Isa, que ha sido madre hace poco, ha podido venir porque hoy es fiesta local y pidió que la cita fuera este día. “Yo, con tanto lío todos los días, veo este encuentro como una ventanita, una oportunidad de salir y conversar. No vengo a hacer un curso, pero voy a aprender y a respirar.

El peque se ha quedado con mi madre, que está ahora en Santiago”. “Pues yo –cuenta Ángeles– he tenido que hacer queso dos días seguidos para poder venir, porque ahora hay mucha leche, pero estoy muy contenta pensando que he sido de las cuatro elegidas, y además somos tan dispares...”. Gemma tira del hilo y dice que ha venido para compartir y aprender, “nosotras el jueves es el día que hacemos asambleas y lo tenemos más flexible, las hemos movido a otros días y hemos aprovechado para hacer otras cosas”.

Elegir el sector primario

Las presentaciones en este caso sobran, y la conversación deriva enseguida hacia la marcha de sus proyectos y por qué decidieron dedicarse al sector productivo. Ángeles, de familia ganadera, nació en Fariza, un pueblo de Zamora. “Quería estudiar y lo hice fuera, pero iba todos los fines de semana al pueblo y ayudaba, era algo natural para mí: ordeñar, cuidar las ovejas, hacer queso. Es cierto que en el entorno la gente se estaba yendo, a mis compañeras les decían que estudiaran y se fueran, que ahí en el pueblo no estaba el futuro. Pero mis padres siempre nos han transmitido que estaban orgullosos de lo que hacían. Yo volví porque es lo que me gusta”.

“Nosotras teníamos ya en marcha la parte del proyecto de participación y educación ambiental –cuenta Isa, que comparte proyecto con otras dos compañeras– y queríamos complementarla

“ Dentro de los proyectos el trabajo entre mujeres y hombres es similar, pero sumándole lo de fuera, no. ”

y producir algo para no depender de la administración. Teníamos contacto con muchos productores y pensamos que ese hueco podía llenarse comenzando con un vivero de hortícolas, que era la pieza que sumaba al engranaje”.

“A mí la agricultura me viene de familia –dice Leti– y estudiando Ambientales fui acercándome al tema de la economía ecológica y a reflexionar un montón de cosas. Pero el momento más fuerte fue participar en el movimiento social de Córdoba, y el proyecto que empezamos de trueque. Nos dimos cuenta de que no podíamos cubrir necesidades reales y que la agricultura era fundamental, entonces surgió la oportunidad de probar y a mí me apetecía, fue un salto muy ideológico. Para mí tiene una relación directa con lo que he vivido”.

“Sí, para mí también fue algo muy ideológico –añade Gemma–. Aparte, a nivel personal, estuve haciendo el doctorado en investigación social, al principio quería quedarme en la universidad y estuve compaginándolo unos años. Viendo la precariedad y lo que suponía tener que irme fuera, me di cuenta de que no quería eso, quería hacer comunidad en sentido amplio y así no podía hacerlo. Para mí, un punto fuerte de nuestro proyecto es que tenga dos partes, darnos estabilidad económica y que nos permita también generar y compartir conocimiento con todas las personas y agentes con las que colaboramos. Lo que me aporta este trabajo, el aire que me dan las relaciones y elaborar pan, es algo que valoro mucho y que antes no tenía haciendo trabajo académico”.

El día a día, las imposiciones patriarcales y los ámbitos masculinizados

Isa cuenta que venía reflexionando en el viaje sobre cómo se posiciona ante agricultores hombres. “Noto que cuando estoy hablando con una mujer que me pide cien tomates, estoy más tranquila que cuando me los pide un hombre, tengo más capacidad para empatizar. No siempre es por el trato que ellos demuestran, a veces es porque llevo la imposición patriarcal encima, la causa está en parte en mí y en parte fuera. Influye también que estamos empezando, la inseguridad. Necesito tener mucha confianza en lo que estoy ofreciendo. Pero creo que si fuera un chico no tendría ese extra de presión”.

“ El aire que me dan las relaciones y elaborar pan, es algo que valoro mucho y que antes no tenía haciendo trabajo académico. ”

“Yo sí que siento un trato distinto –dice Gemma–. Cuando estoy en la panadería y viene algún comercial espera que yo sea una dependiente y que haya un hombre que haga el pan. Ser tú la que hace el pan, reparte, lleva los números, descarga la furgoneta cuando llegan las harinas... ahí noto el choque. Luego, además, por el mismo hecho de haber sentido la presión de que no sea ‘un trabajo para chicas’ noto un proceso de resistencia, por ejemplo en mis padres, que me insisten para que me cuide y que no haga trabajos físicos duros. Mi respuesta a esa sobreprotección es resistirme de una forma que no creo que sea muy positiva: no cuidándome, pensando que puedo con todo y me presiono... pasado un tiempo ya pienso que me he demostrado que puedo hacerlo, y entonces incorporo la mirada de cómo cuidarme”.

“Sí –interviene Leti–, se nos coloca automáticamente en un lugar, en el ‘no puedes’ antes de ver cómo nos manejamos en la situación. Yo suscribo muchísimo de lo que has dicho, Gemma, pero, es curioso, he estado mucho tiempo en entornos con agricultores hombres y también he sentido lo contrario, una sobrevaloración de mi capacidad, ‘es que Leti es especial y sí que puede’”.

La situación de Ángeles es diferente. “En el proyecto somos mis padres, mi hermano y yo, paridad total. Es cierto que mi hermano hace

habitualmente ciertas tareas, pero es porque le gusta más, no por imposición de género, yo también lo puedo hacer perfectamente. Donde sí noto alguna presión es en las tareas de la casa, quizá también autoimpuesta. Pero a mi trabajo esto no se traslada”.

Gemma comparte su experiencia en tareas muy masculinizadas, como la construcción. “Antes de estar en l’Aresta estuve viviendo un año rehabilitando una masía en un proyecto colectivo. Había una parte de obra, una actividad en la que para mí es difícil tener iniciativa porque no me he movido ahí antes, no tengo control de mi fuerza, de mi capacidad. No había un ‘apártate que ya lo hago yo’, pero si hay que descargar vigas, llega un momento en que te llegas a sentir excluida y a tener que visibilizarlo y compartir tu voluntad de participar, porque no estás fluyendo con el grupo, el ritmo es una palanca que frena. No es cuestión de incapacidades, sino de ritmos”.

“A mí que se justifique que no haya mujeres diciendo que el trabajo en el campo es muy duro –dice Ángeles en tono de enfado– me parece muy frívolo. Creo que la limitación no es tanto por el trabajo físico que supone, sino por los servicios en el mundo rural, por las necesidades sociales diferentes de mujeres y hombres, los espacios donde relacionarse. Las mujeres han trabajado en el campo siempre hasta la llegada de la mecanización, cuando ya se asignó a los hombres y ellas se quedaron más en casa o se fueron porque en el pueblo solo había ‘trabajos de chicos’: la construcción o la agricultura convencional con el tractor”.

“Sí, en los pueblos se ha ido asumiendo que eran los hombres quienes tenían que hacer ciertas cosas y se han ido haciendo cargo de ello –aporta Isa–. Las que nos incorporamos quizá nos ponemos a diseñar nuestros proyectos desde otro lugar, porque aunque quisiéramos incorporarnos a lo convencional, no podríamos o sería muy difícil, no se espera que lo hagamos. Creo que por eso no hay muchas mujeres en agricultura convencional”.

Procesos que avanzan y formas de mirar

Hay veces en que las actitudes femeninas se relacionan con ser más detallista. Sobre esto Leti aporta: “Yo no me siento muy detallista, sin embargo, de cara a cómo hacemos la cesta, yo le



Ángeles Santos Alfonso

Quesos La Faya
Fariza de Sayago (Zamora)

“El feminismo no pretende poner a la mujer por delante del hombre, sino al mismo nivel, con los mismos derechos y obligaciones y respetando las singularidades de cada persona”.
“Con la comida no se juega, tenemos que sembrar conciencias para construir la soberanía alimentaria. Que los pueblos decidan qué producir, cuándo, dónde, para quién y en qué condiciones”.

Gemma Flores Pons

Cooperativa L'Aresta. Panadería agroecológica.
Santa Coloma de Queralt (Tarragona)

“Lo que representa para mí el feminismo está en esta frase: *La nueva mestiza sigue adelante desarrollando tolerancia hacia las contradicciones, una tolerancia hacia la ambigüedad. (...) No solo mantiene la contradicción, transforma la ambivalencia en otra cosa* (Gloria Anzaldúa)”.
“Soberanía alimentaria es sembrar autonomías, cultivar colectividades, cuidar las interdependencias y alimentar la sostenibilidad de las vidas”.



Isabel Díez Leiva

Feitoria Verde. Planta hortícola agroecológica.
Lugar de Xián, Concello de Vedra (A Coruña)

“La soberanía alimentaria es una oportunidad para recuperar saberes, sabores y poder para decidir qué comemos, qué cultivamos y a quién confiamos algo tan básico como nuestra alimentación”.
“Para mí el feminismo es una lucha permanente por la libertad dentro y fuera de una misma”.

Leticia Toledo Martín

Huerta La Alegría
Encinarejo de Córdoba

“El feminismo es la mirada subversiva que necesitamos para construir nuevas relaciones económicas que recreen la vida”.
“La soberanía alimentaria es el poder que tenemos como pueblo para gestionar nuestros recursos y crear un modelo agrícola justo ecológica, social y políticamente”.

“ La limitación no es tanto por el trabajo físico que supone, sino por los servicios en el mundo rural. ”

pongo mucha más importancia que mi compañero al detalle de que esté bien presentada, de que a la gente cuando le llegue, le llegue bonita. A él, de hecho, le cabrea, dice que es una cuestión de estética y que no debería valorarse la cesta por eso. Para mí es básica esa necesidad de que me agrade y que al otro le agrade, para mí es una tarea de cuidados, siempre lo ha sido y lo que me ha trasladado la gente es que lo valoran”.

Las cuatro se mueven en espacios de trabajo relacionados con la agroecología y en espacios de militancias diversas. “En los movimientos sociales el discurso feminista por lo menos se comparte más, se ha interiorizado que la igualdad no es solo una lucha de mujeres. No es tan fácil encontrarse actitudes machistas marcadas en estos espacios, aunque queden algunas por ahí. Creo que el discurso está claro, aunque la práctica no tanto”, dice Isa. “A mí también me sale automáticamente pensar que en los movimientos sociales no hay diferencias en el trato por género –añade Leti– pero si me voy al detalle, sí que las encuentro. Lo que más he recibido es sobrevaloración, ‘eres mujer y haces esto... guau’, eso genera un tipo de relaciones diferentes, se genera una distancia, me es difícil entrar en una relación de igualdad”.

“Mi sensación –aporta Gemma– es que en los movimientos neorurales el feminismo es como una palanca de empoderamiento que en chicos no es tan evidente. Es muy vivencial, en mi caso, salir del ámbito académico, romper con moldes, limitaciones, con lo que puedo esperar de mí misma. Hay momentos en los que hay una complicidad más grande entre nosotras”.

“Hay muchas mujeres en proyectos de agroecología –sigue Leti– y creo que tiene que ver con

necesidades básicas, la autonomía, la interdependencia, los cuidados de los ciclos, las semillas, la integralidad de los proyectos, la complejidad, las visiones de la cooperación y de conectar con muchas cosas. Quizá he visto una mirada más sesgada en proyectos de hombres. De todas formas me cuesta llevarlo a la cuestión de género, aunque creo que está y hay que verlo, pero sobre todo hay que hablar de las relaciones de poder, de cómo las gestionamos: en el mercado, consumidores, la agricultura. No me vale ya solo la igualdad, quiero hablar de economía feminista con lo que eso conlleva”.

“Sí, totalmente –dice Gemma–. El tema es qué prácticas vamos a usar. La mirada colectiva y comunitaria es lo que genera un cambio. La parte de autocupación de nuestro proyecto la veo como otra reformulación de cómo generar lo colectivo, de cómo apoyarnos, cubrir necesidades. Compartimos otras cosas, no solo el trabajo. Para mí lo más importante son las redes sociales, los apoyos, actividades culturales, puntos de encuentro, poder desarrollar tus intereses y sensibilidades políticas”.

“Sí, las redes de afinidad es algo que no podemos delegar, tenemos que hacerlo nosotras porque es una necesidad”, afirma Isa. “Por mi experiencia en mis redes –interviene Ángeles– creo que nosotras compartimos de forma diferente, noto que trasladamos más que los chicos los sentimientos, las inquietudes”.

Rescatar tiempo

Sobre la construcción de redes, Leti añade un elemento importante. “En los proyectos productivos donde estamos se nos va la vida y esto limita la participación en espacios donde se dan

las relaciones. Aquí veo contradicciones porque al final quienes se están dedicando a asistir a espacios y visibilizarse son quienes están trabajando en la universidad o están liberadas para eso... pero no tanto quienes estamos en la economía real. Claro que las mujeres deben encontrarse y compartir, pero es que veo dificultades para conectar hasta con percibir esas necesidades porque lo cotidiano no da para más”.

Esta dificultad de disponer de tiempo es muy relevante para las cuatro y van profundizando al respecto. Isa tiene la sensación de que dentro de los proyectos el trabajo entre mujeres y hombres es similar, pero que sumándole lo de fuera, no. “Mientras trabajas estás pensando en lo que está pasando fuera, los cuidados, la casa... Creo que lo de la conciliación laboral es como la jornada flexible que solo se estira... ¿ir a regar con el peque es conciliar? Yo lo achaco a que estamos empezando y hay que ajustar cosas”.

“Yo –dice Leti– es que ni siquiera introduzco conscientemente en mis tareas lo que habitualmente se asocia a las mujeres, los cuidados, lo voy haciendo y ni me doy cuenta de que lo hago, a mí nadie me lo hace. Creo que el trabajo físico es bastante pero también lo que no es físico, la cabeza todo el rato funcionando, cuentas, proyecto, pedidos... y no te sientas delante de un escritorio para este trabajo. Estás siempre conectando cosas que son necesarias”.

“Nosotros dedicamos mucho espacio a hablar de lo que hacemos, del uso del tiempo, a intentar visibilizar todo lo que se mueve en el proyecto –cuenta Gemma–. Así te vas conociendo, qué necesitas, qué te funciona, qué no te funciona y lo vas incorporando. El reto es cómo encajar lo externo al proyecto: quién te hace la comida en casa, cómo lo hacemos posible. Puedo solidarizarme con mi compañera si tiene que cuidar a su madre. Intentamos incorporarlo, pero es un reto”.

Apagamos la grabadora, que va ya completando la tercera hora de conversación. Acabamos las cervezas que hemos pedido hace un rato y tras una visita guiada al mercado, donde el gerente nos explica sus particularidades y la lucha de la asociación de comerciantes, nos vamos a comer. La conexión entre ellas se nota en las conversaciones que surgen entonces, en las preguntas, en las ideas y en los deseos que se comparten, en la fuerza de sus sonrisas. A primera hora de la tarde todas tienen muchas horas de viaje para volver a sus casas. Aunque sus caminos se separen de nuevo, hay cosas invisibles que puede que nunca se separen, pues ya se han tejido.

Patricia Dopazo Gallego
Revista Soberanía Alimentaria
Asociación Perifèries

PARA SABER MÁS

Este encuentro dio para mucho más, pero es muy difícil transmitirlo en cuatro páginas, por eso hemos colgado en la web el conversatorio íntegro, con más temas que salieron aquella mañana. Si te ha gustado este artículo, te recomendamos que lo leas.

Los huertos de Yarmouk

LA SOBERANÍA ALIMENTARIA EN TIEMPOS DE GUERRA

Consejo editor

En el sur de Damasco se encuentra Yarmouk, uno de los campamentos de refugiados palestinos más grandes que han existido nunca. Fue creado en 1957 a escasos 8km del centro de la capital siria a partir del éxodo masivo consecuencia de los conflictos en su país. Desde principios del siglo XXI, Yarmouk ha venido incorporando también a familias desplazadas de zonas rurales de la misma Siria.

Hace ya años que Yarmouk dejó de tener las típicas carpas de alojamientos provisionales. Progresivamente se fueron edificando definitivos bloques de viviendas, pasando a ser un barrio más de la capital. Bloques definitivos de los que ahora no queda ninguno en pie. Si en el año 2004 vivían allí alrededor de 140 000 personas, ahora, a causa de la guerra civil iniciada en 2011, se estima que no viven más de 18 000 personas,

entre ellas unos 3500 niños y niñas, de los cuales muchos han sido abandonados o son huérfanos de este conflicto.

El círculo más profundo del infierno

De hecho, este barrio soporta una de las peores situaciones de toda esta guerra, siendo el punto de encuentro de las batallas por dominar la parte sur de la capital. Ban-Ki Moon, secretario general

de las Naciones Unidas, desde la distancia, lo llama “el círculo más profundo del infierno”, como el último eslabón en la *Divina Comedia* de Dante. Sin embargo, Yarmouk no tiene nada de comedia.

A pesar de toda la solidaridad de quien habita allí, es tan grave la situación, con el barrio bloqueado por todos lados y los suministros cerrados desde hace más de un año, que ya han muerto de hambre más de 175 personas desde 2013. Niñas y niños, mujeres, hombres, gente mayor que no ha podido o no ha querido *re-refugiarse*. El abastecimiento de agua fue cortado en septiembre de 2014, como otra medida de asedio. Y los controles militares del gobierno prohíben llevar más de un kilo de comida a las personas que entran. Abren las bolsas y no dejan pasar más de diez trozos de pan. La situación es tan extrema que incluso un clérigo musulmán recientemente ha emitido un edicto dando el visto bueno a que la gente coma la carne de burros, perros o gatos.

Junto a las más sofisticadas armas que se utilizan en esta guerra, también vulnerar su soberanía alimentaria es una táctica para matar un pueblo. Infalible. Intolerable.

Respuestas silenciadas

A pesar de este absoluto desastre humanitario, las personas tratan de sobrevivir con lo que queda, algunas armándose para luchar contra la actual invasión de tropas del llamado Estado Islámico, que entró en esta zona de la ciudad ayudado por el Jabhat al-Nusra (grupo terrorista perteneciente a Al Qaeda), añadiendo otro frente de guerra en medio de Yarmouk.

Otras, sencillamente, luchando desde y por la dignidad. Es el caso de Firas Al Naji, activista no-violento de varias organizaciones, como la Liga Palestina de los Derechos Humanos (PLHR), también coordinador del Centro de Documentación de las Violaciones en Siria y de la Fundación Social Basmeh. Entre sus últimos esfuerzos se encuentra el Proyecto Agua, para abreviar con pozos el barrio asediado, y el Proyecto Agrícola, para autoabastecerlo de comida. También organizó funciones de *clowns* para los niños y niñas y realizó vídeos para mostrar y denunciar las condiciones de vida en este confinamiento, incluso tenía algún vídeo satírico de “cocina en situaciones de asedio”. Pero murió el 21 de febrero de 2015 asesinado de un tiro en la cabeza. ¿Quién lo hizo? Posiblemente nunca se sabrá, aunque se



Cultivar para sobrevivir.
Lens Young Yeldani



Un huerto en Babbila, un barrio cerca de Yarmouk. Lens Young Yeldani



Un huerto sobre una azotea de Yalda
Lens Young Yeldani

El hambre, un crimen de guerra

La Vía Campesina está haciendo llamamientos públicos¹ para reclamar la reacción inmediata de las organizaciones internacionales que pueden intervenir para proteger la vida de las personas que quedan en Yarmouk, así como para denunciar la falta de comida, agua y medicamentos.

En 1977, se añadió un Protocolo Adicional a las Convenciones de Ginebra para definir explícitamente como crimen de guerra el uso del hambre. Parecía que la historia había sido suficiente para tomar medidas y escribirlas en un papel, pero la Agencia de las Naciones Unidas para los Refugiados de Palestina en Oriente Próximo (UNWRA), principal garante en la zona de estos tratados, no sabe ni cómo puede intervenir. Un sitio inaccesible, impracticable. Y con esta inmovilidad, un barrio que desaparece ante la mirada inmóvil de toda la comunidad internacional.

1. <http://viacampesina.org/es/index.php/temas-principales-mainmenu-27/derechos-humanos-mainmenu-40/2375-la-via-campesina-esta-sumamente-preocupada-por-la-situacion-en-el-campamento-de-refugiados-palestinos-de-yarmuk-al-sur-de-damasco>

sospecha que su muerte haya sido ordenada por quienes controlan el mercado negro de comida en Yarmouk, un negocio con beneficios importantes desde que están cerrados sus accesos. Como él, ya son 7 personas activistas asesinadas desde mediados de 2014 hasta abril de 2015, algunas de ellas en plena labor del Proyecto Agrícola, repartiendo comida a mujeres, personas ancianas, niñas y niños. Y varios activistas más de defensa de los Derechos Humanos están bajo constantes amenazas de muerte.

Soberanía Alimentaria en tiempos de asedio

Firas Al Naji fue un impulsor de proyectos de soberanía alimentaria, de pequeñas iniciativas para producir y repartir un mínimo de comida dentro del mismo Yarmouk. Como en muchas ciudades o barrios pobres donde cualquier metro cuadrado de tierra sirve para nutrir y unir a sus habitantes, todo puede crecer en huertas urbanas, espacios entre edificios, balcones, macetas en las casas, campos colindantes e incluso en los patios de las escuelas derruidas por los bombardeos.

Se conoce de muchas otras guerras anteriores que el cultivo a pequeña escala ha sido clave para proveer de alimentos y salvar a la población y está claro que también en Yarmouk está

siendo fundamental para sobrevivir los últimos meses. Espacios donde, a pesar del aislamiento del barrio, se erigen discretos huertos como fuentes de vida, de libertad, de esperanza, de lucha, que se convierten también en punto de encuentro para mujeres y hombres asfixiados por no poder decidir más allá de este espacio, y que gracias a él pueden crecer y desarrollarse. Espacios donde se crean y practican procesos colectivos de toma de decisiones y de gestión de propiedad común. Generalmente guiados por mujeres, estos huertos se transforman en armas de construcción masiva.

La Vía Campesina da apoyo a las personas que, atrapadas en medio del conflicto, trabajan a favor de ejercer su soberanía alimentaria. En 2014, en Turquía y Líbano, se organizaron sendos encuentros para personas activistas y campesinas sirias, para promover el intercambio y la reproducción de semillas y el conocimiento de cultivos autóctonos. El grupo creado en estos encuentros se conoce por “The 15 Garden”, por ser el 15 de marzo de 2014 el día que celebraron su primer encuentro. Y por ser quince las únicas personas capaces de llegar desde diferentes puntos de Siria hasta Turquía para asistir a este primer encuentro. Otras encontraron bloqueos, conflictos o fronteras cerradas que impidieron su presencia. También se han aportado semillas campesinas

“ Todo puede crecer en huertas urbanas, espacios entre edificios, balcones, macetas en las casas, campos colindantes e incluso en los patios de las escuelas derruidas por los bombardeos. ”

desde distintos países de la región y se organizan movilizaciones de apoyo y creación de redes para conseguir más semillas para enviar a Siria. Este mismo mes de mayo, por ejemplo, empieza la gira “Graines et Cinéma”¹, que recorrerá parte de Francia con este objetivo.

El grupo “The 15 Garden” trata de promover el intercambio de conocimiento y de semillas locales para garantizar que cualquier pequeña oportunidad de cultivo sea fructífera en este contexto y regale brotes verdes a un pueblo tan necesitado. Si las semillas no pasan de una cosecha a la siguiente, se pueden perder para siempre y son muchos los esfuerzos que se están haciendo

para no perder la riqueza agrícola de este país. Si la guerra gana también en esto, no tardarán en entrar las semillas de las multinacionales logrando el control de este mercado. De hecho, las semillas de las multinacionales ya están siendo favorecidas por lo que queda de gobierno de Al Asad, pero no tienen ningún éxito por la falta de agua y fertilizantes.

Como dice un poema palestino: “Todo esto pasará, pero no tengo miedo, guardo en mi bolsillo una semilla”. Una semilla campesina.

Consejo editor

1. <https://www.facebook.com/Grainesetcinema>



Azadas de guerra

Recomendamos la lectura del libro *Raíces en el Asfalto* de J. L. Fernández Kois y Nerea Morán en cuyo capítulo “Azadas de guerra” explican con detalle cómo la agricultura urbana juega un papel clave durante los conflictos bélicos en un recorrido por los casos más emblemáticos. Nos hablan de soldados creando huertos en la Primera Guerra Mundial, grupos de mujeres cultivando en las periferias de las ciudades en una actividad coincidente con las luchas feministas del momento también en este conflicto o de los huertos en los campos de concentración de la Segunda Guerra Mundial. No solo es comida para poblaciones asediadas, con porcentajes realmente significativos, sino que también es «el papel de ayuda psicológica de los huertos como símbolos de resistencia y esperanza [...], cultivar en medio de paisajes devastados, como las trincheras, los guetos o los campos de internamiento, se convierte en un acto de rebeldía».

Lucía Maina



Ratas de laboratorio

VEINTE AÑOS DE GLIFOSATO EN ARGENTINA

“El glifosato es probablemente cancerígeno”, declaró hace pocos meses la OMS a través de la Agencia Internacional para la Investigación sobre el Cáncer. “¡Ya lo sabíamos!”, responden vecinas y vecinos de zonas fumigadas de Argentina, que llevan veinte años descubriendo esa verdad científica en los cuerpos de sus familiares y más de una década reclamando soluciones. Rociado con más de 200 millones de litros de glifosato al año, el país se ha transformado en la prueba viviente de las consecuencias que provoca en la salud el herbicida más utilizado del mundo.

Desde sus primeras apariciones hasta hoy, para millones de personas de Argentina, el glifosato ha pasado de ser un nombre científico del selecto mundo de la ingeniería agrícola a un problema que se respira en la plaza de la escuela y por las ventanas del salón. El principio activo del potente herbicida, patentado inicialmente bajo la marca comercial Roundup Ready (RR) por la empresa Monsanto, comenzó a extenderse masivamente en el país allá por el año 1996, de la mano del primer cultivo genéticamente modificado: la soja RR resistente al glifosato. Por aquellos tiempos, nadie se imaginaba que 24 millones de hectáreas –más de la mitad de la tierra cultivada del país– pasarían a estar ocupadas por soja y que se rociarían con más de 200 millones de litros de glifosato cada año, según las estimaciones de la Red de Médicos de Pueblos Fumigados. Nadie se imaginaba, tampoco, que la salud del pueblo argentino pasaría a ser un experimento; para eso, pensábamos, están las ratas de laboratorio.

Pero los precios internacionales de la soja transgénica comenzaron a aumentar. Al ritmo de la demanda de China y Europa, que importan el cereal para alimentación animal y agrocombustibles, estos cultivos fueron invadiendo los campos ganaderos y los bosques de la región pampeana, hasta que las fumigaciones llegaron a los límites de pueblos y ciudades. Entonces, las cosas empezaron a ocurrir: primero de forma invisible, en los cuerpos; luego, los cuerpos empezaron a hablar y en el colmado, entre la barra del pan y el paquete de yerba mate, las vecinas comentaban las cosas que pasaban. Poco a poco, fue llegando al hospital y la medicina le puso nombres: alergia, malformación, aborto espontáneo, cáncer.

Los cuerpos hablan

Una de las primeras alarmas que sacudió a la opinión pública de Argentina empezó a sonar en Ituzaingó Anexo, un barrio periférico de la ciudad de Córdoba rodeado de campos cultivados con soja transgénica y fumigados con distintos agroquímicos. Pese a que las madres llevaban años denunciando las enfermedades que se repetían en el barrio, fue en 2009 cuando se realizó un estudio oficial para averiguar lo que estaba pasando. El resultado fue que el 80% de los niños y niñas que se examinó tenía agroquímicos en la sangre, y que el 33% de las muertes del barrio se debían a distintos tipos de cáncer, la tasa más alta de

“ Un 40% de las muestras de orina tomadas en el Estado español contenían glifosato. ”

mortalidad por esta causa registrada en todo el país. Tres años después, el caso de Ituzaingó llegaba a la Justicia. Con la condena de un productor y un aeroplacador de los campos de la zona, la fumigación fue considerada, por primera vez en América Latina, como un delito.

Ituzaingó se convirtió así en el emblema, la punta del iceberg que asomaba en los medios de comunicación: detrás se encontraban una gran cantidad de comunidades afectadas. Muchas de ellas se reunieron en la Campaña Nacional Paren de Fumigar, y desde allí denunciaron las consecuencias que los agroquímicos estaban provocando en el ambiente y la salud. Tiempo después, el personal médico de esas comunidades decidió realizar el primer Encuentro Nacional de Médicos de Pueblos Fumigados, donde se denunció la situación de varias regiones en las que “el aumento de casos de cáncer, de malformaciones congénitas, de trastornos endocrinos y reproductivos, se viene sufriendo y detectando desde que las fumigaciones sistemáticas con agrotóxicos se volvieron algo cotidiano”.

Tras las numerosas voces de alerta, el iceberg, surgió de las profundidades y se denunciaron casos en Monte Maíz, un pueblo cordobés sitiado por campos fumigados, por parte de la Facultad de Ciencias Médicas de Córdoba o en la provincia de Chaco, donde una comisión creada por el gobierno advirtió del aumento de malformaciones en toda la región y de casos de cáncer infantil en La Leonesa, otra localidad asediada por el uso de herbicidas y plaguicidas.

Mientras tanto, lejos de las casas y los consultorios, otras cosas pasaban. En 2009, en el

Laboratorio de Embriología Molecular de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, el investigador Andrés Carrasco, por entonces director de esa dependencia, demostraba mediante un estudio que la exposición a dosis mínimas de glifosato provocaba malformaciones en embriones de anfibios, resultado que era extrapolable a los seres humanos. Haciéndose eco del estudio, la Asociación de Abogados Ambientalistas presentó un amparo ante la Corte Suprema de Justicia para que se prohibiera el uso y la venta de glifosato en el país hasta que se investigaran sus efectos. Inmediatamente, Carrasco comenzó a sufrir amenazas y presiones de todo tipo. “Lo que sucede en Argentina es casi un experimento masivo”, declaraba al diario *Página 12*, días después de los ataques.

A 800 kilómetros de aquel laboratorio, en la Facultad de Ciencias Exactas, Físico-Químicas y Naturales de la Universidad Nacional de Río Cuarto, los investigadores Delia Aiassa y Fernando Mañas rastreaban las consecuencias de los plaguicidas en los propios genes de las personas expuestas. Los análisis que este equipo realizó en Marcos Juárez, una ciudad cordobesa rodeada de campos pulverizados, demostraron que incluso las personas adultas que viven a mil metros de las fumigaciones poseen daños genéticos, lo cual aumenta el riesgo de sufrir abortos espontáneos, malformaciones y distintos tipos de cáncer.

¿Qué dijo la OMS?

La Agencia Internacional para la Investigación sobre el Cáncer (IARC), institución perteneciente a la Organización Mundial de la Salud (OMS), declaró el pasado marzo que el glifosato es probablemente cancerígeno para los seres humanos y que provoca daños genéticos. Esta es la conclusión a la que llegaron diecisiete especialistas de once países, tras investigar la peligrosidad de este agente para la salud humana. De esta manera, el herbicida usado en más de 700 productos diferentes para aplicaciones agrícolas, urbanas y hogareñas ha sido reclasificado, ubicándose en la segunda categoría más alta relacionada con el cáncer.

La IARC afirmó en su informe que hay pruebas convincentes de que el glifosato puede causar cáncer en animales de laboratorio y pruebas limitadas de su carcinogenicidad en humanos. Esto último significa que hay una asociación positiva entre la exposición a la sustancia y el cáncer, pero que no pueden descartarse otras explicaciones.

“ El aumento de casos de cáncer, de malformaciones congénitas, de trastornos endocrinos y reproductivos, se viene sufriendo desde que las fumigaciones sistemáticas con agrotóxicos se volvieron algo cotidiano. ”

En España: caminos para quitar el herbicida de campos y jardines

España es uno de los estados que más agroquímicos utiliza dentro de la Unión Europea, y desde luego con un abuso del glifosato en muchas presentaciones. El herbicida no solo se encuentra en los campos de cultivos, su aplicación es también muy común en parques, jardines y calles de pueblos y ciudades. Desde la organización Ecologistas en Acción alertan, además, de que la legislación española es la más permisiva en el uso de glifosato. Una permisividad que puede observarse en el estudio que Amigos de la Tierra elaboró en 2013, el cual encontró que hasta un 40% de las muestras de orina tomadas en el Estado español contenían glifosato.

Diversas iniciativas han sido llevadas adelante hasta ahora para restringir el uso de este herbicida en agricultura y jardinería. En Canarias y Andalucía, por ejemplo, el glifosato ya ha sido prohibido en varios municipios.

En Cataluña, la organización Som lo que Sembrem desde hace ya tres años busca alertar a los ayuntamientos acerca de los peligros del herbicida y exigir información sobre su aplicación. La propuesta ya ha llevado a la presentación de instancias administrativas en cincuenta ayuntamientos por parte de la ciudadanía y de organizaciones preocupadas por esta problemática. De manera similar, Ecologistas en Acción ha presentado en 22 ayuntamientos de Extremadura y en las Consejerías de Educación y Cultura y de Agricultura, Desarrollo Rural, Medio Ambiente y Energía una iniciativa para la prohibición del uso de herbicidas en espacios públicos, y su sustitución por otros métodos que no suponen un riesgo para el medio ambiente ni para la salud pública, tal como se ha hecho en otros países europeos.

Un toque y adiós a la vida

“Un toque y adiós a las malas hierbas”. Así se anuncia estos días en televisión el producto Roundup, el glifosato de Monsanto. En la pantalla, un hombre sonriente aplica en el jardín de su casa el herbicida que, como demuestran los estudios presentados, acaba afectando todo lo vivo que toca. Con la misma naturalidad, hoy el glifosato se vende en cualquier tienda de jardinería, floristería o cooperativa agraria. Con presentaciones a granel, a litros, concentrado o ahora en formato gel; tan fácil que hasta los niños acabarán jugando con él como con un desodorante. Exigir que las autoridades saquen estos productos de los escaparates no es alarmismo, es pura sensatez: ya son demasiadas las pruebas de que detrás de la publicidad engañosa, se esconde un veneno. Ya lo decía Víctor Hugo: “No hay malas hierbas ni hombres malos; solo hay malos cultivadores”.

Los venenos se acumulan

Como resalta el biólogo Raúl Montenegro, presidente de la Fundación para la Defensa del Ambiente, la clasificación de la peligrosidad de los plaguicidas solo considera las exposiciones agudas, sin contemplar las exposiciones crónicas, a bajas dosis, que se están sufriendo desde

hace años. Los agrotóxicos, y el glifosato en particular, llevan décadas acumulándose silenciosamente en los cuerpos y en el ambiente de un sinnúmero de países, una situación de la que Europa no está excluida, y que con mayor o menor magnitud provocará efectos visibles solo en el largo plazo.

Permisos y prohibiciones en Europa

El informe de la IARC-OMS ya ha comenzado a tener repercusiones en algunos países europeos. El caso más resonante es el de Holanda, donde el Parlamento ha prohibido recientemente la venta de herbicidas a base de glifosato a particulares. Así, a partir de fines de 2015, en el país estará prohibido el uso no comercial del producto que, al igual que en España, era utilizado comúnmente para el control de malezas en parques, jardines y hogares. En la misma línea, el Ministerio de Protección al Consumidor de Alemania ha aprobado recientemente una resolución en la que pide prohibir la venta y el uso del herbicida en el caso de clientes particulares y señala la necesidad de que deje de aplicarse en jardines y espacios públicos. Además, desde esa dependencia destacaron que el uso de glifosato debería ser restringido en toda la UE.

La declaración del ministerio alemán llega en un momento clave, ya que la aprobación del glifosato en la UE vence a fines de 2015, momento en que la Comisión Europea debería definir si renueva este permiso. Justamente, las autoridades alemanas son las encargadas de reevaluar la toxicidad del herbicida en este proceso y el informe que dieron a conocer el año pasado a través del Instituto Federal de Evaluación de Riesgos de Alemania iba exactamente en la dirección opuesta a la reciente resolución ministerial: el documento aseguraba que el glifosato no tiene propiedades carcinogénicas y no presenta riesgos para la salud humana, afirmaciones que la agencia de la OMS acaba de desmentir.

Tal como reconoció la propia agencia de la OMS en su informe, el producto que acaba de ser clasificado como “probablemente cancerígeno” ya se encuentra en la sangre, en la orina, en los alimentos y en el agua de innumerables regiones. Pero hay más: un estudio del US Geological Survey publicado en la revista *Environmental Toxicology and Chemistry* que analizó la presencia de estas sustancias en el río Misissippi de Estados Unidos descubrió que un 77% de las muestras de agua de lluvia contenían glifosato. Algo similar descubrieron especialistas argentinos del Centro de Investigaciones del Medio Ambiente (CIMA) de la Universidad Nacional de La Plata: tras analizar el agua de lluvia en zonas urbanas y periurbanas de la región pampeana entre 2012 y 2014, detectaron que el glifosato estaba presente en el 90% de las tomas.

En Argentina, es muy fuerte el reclamo para que el gobierno prohíba el uso del herbicida pero los intereses de las grandes empresas que lo

producen –entre ellas Monsanto, Syngenta, Basf, Bayer, Dupont, Dow Agrosiences, Atanor, YPF y Nidera– y la desidia de los gobiernos explican en gran parte que a pesar de las innumerables pruebas de sus graves impactos en la salud pública, este producto pueda seguir usándose indiscriminadamente.

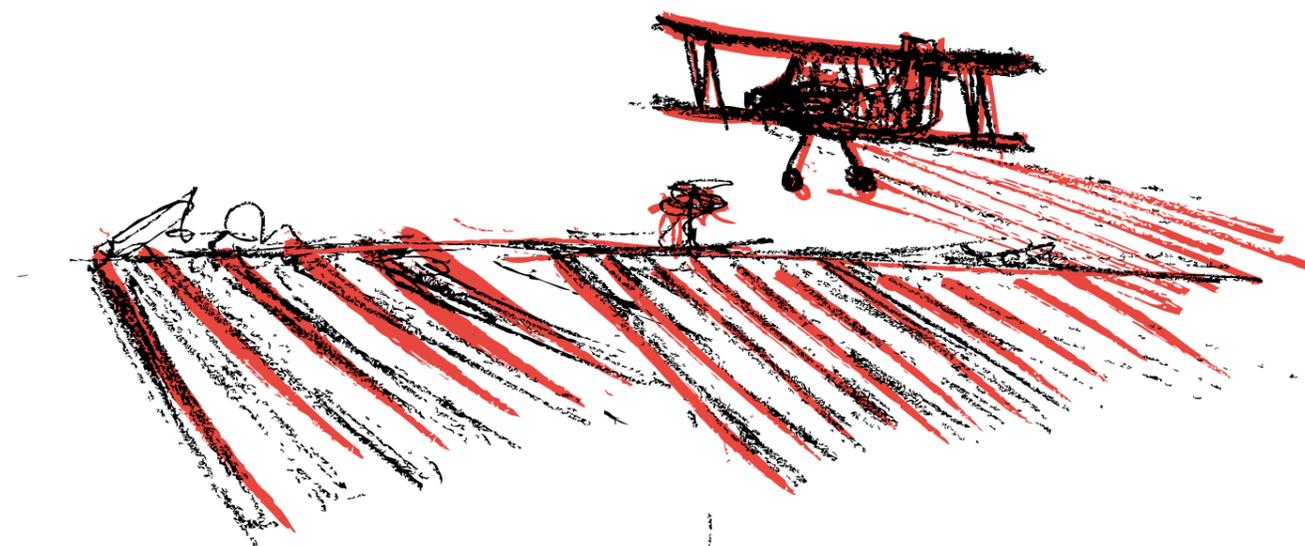
Después de veinte años de cuerpos enfermos y voces silenciadas, ha llegado el momento de que la decisión política transforme las muertes causadas en un doloroso paso hacia una agricultura que priorice la vida por sobre la venta.

Lucía Maina
Comunicadora social
y periodista de Córdoba, Argentina

Sigue el debate

Efectos sobre la salud en el Estado español

Desde el consejo editor de la revista queremos llamar la atención a los responsables políticos –especialmente ahora que se dan situaciones de cambio de gobiernos locales– para que investiguen urgentemente las posibles relaciones entre el aumento de casos de cáncer entre jóvenes y la fumigación con glifosato en determinadas zonas de Castilla y León. Animamos a quienes nos leen a que compartan su percepción sobre este tema para poder constatar esta situación en cualquier territorio del Estado español.



PARA SABER MÁS

Recopilación de 20 años de lucha, <http://www.grain.org/es/article/entries/5202-de-un-vistazo-y-muchas-aristas-llego-la-hora-de-la-condena-al-glifosato-los-pueblos-tenian-razon>

Campaña contra el glifosato en Catalunya, <https://sembremvalles.wordpress.com/campanya-2012-de-slqs-contra-lus-dherbicides-amb-glifosat>

Conferencia científica Dr. Theirry Vrain, <https://www.youtube.com/watch?v=yiU3Ndi6itk>

Pablo Domínguez Gregorio

APRENDER *de* SISTEMAS COMUNALES

LOS AGDALES DEL ALTO ZAT Y EL YAGUR

Cuando en nuestro país estamos viendo que los sistemas tradicionales de gestión de los bienes comunes han sufrido y siguen sufriendo una presión fuerte para continuar existiendo, queremos presentar en este escrito el valor y el interés de rescatarlos, conservarlos y desarrollarlos, presentando el agdal, un sistema tradicional de gestión de los bienes naturales que persiste desde hace siglos e incluso milenios por todo el norte de África.

El *agdal* pastoril, en términos estrictamente agronómicos, es la prohibición estacional para acceder a un espacio o recurso pastoril, una especie de barbecho para asegurar un descanso mínimo a los recursos renovables. Sin embargo, lleva asociado un manejo comunal y un conocimiento del territorio que le da un enorme valor. En este artículo se presenta el funcionamiento y las características del *agdal* del Yagur, concretamente a partir de investigaciones realizadas con la población Ait Ikis.

Vivir y producir en condiciones de montaña

El Yagur es un territorio pastoril de alrededor de 70 km² situado entre 2 000 y 3 600 m de altitud situada en el alto valle del Zat a solo 50 km de Marrakech. Es un territorio de propiedad colectiva de una gran parte de la tribu (kabila) Mesioua, de la cual forman parte los Ait Ikis, una población amazig/bereber trashumante compuesta por unas 700 personas.

Entre las poblaciones del valle del Zat, aunque la actividad económica tiende a desarrollarse en varias direcciones y se encuentra en una fase de creciente diversificación, el agro-silvo-pastoralismo constituye la actividad básica para cerca del 75 % de sus habitantes. En el caso concreto de los Ait Ikis, el sistema de subsistencia se basa sobre todo en los cereales (trigo, maíz y cebada), el ganado y una pequeña producción arborícola de higueras, olivos, almendros... Una parte de estos productos está destinada al autoconsumo, principalmente aquellos de origen agrícola pues la montaña atlásica es ligeramente deficitaria en este aspecto. Es excedentaria en producción animal cuya mayor parte es vendida a cambio de más productos agrícolas provenientes principalmente de los grandes llanos cerealícolas del Haouz y el Sous, así como de productos manufacturados en las grandes urbes industriales del país. Salvo las nueces y algunos nuevos árboles frutales de renta (por ejemplo, manzanos) que se empiezan a implantar poco a poco, el ganado es el producto principal si nos referimos a la posibilidad de transformación monetaria. Esto está relacionado con el potencial de la bioecología montañesa así como la creciente demanda de carnes rojas de las ciudades y en especial de la creciente gran urbe turística de Marrakech.

No obstante, debido a la insuficiencia de sus ingresos agro-pastoriles para aumentar su nivel

“ El *agdal* asegura la actividad pastoril y un reparto equitativo de bienes comunales. ”

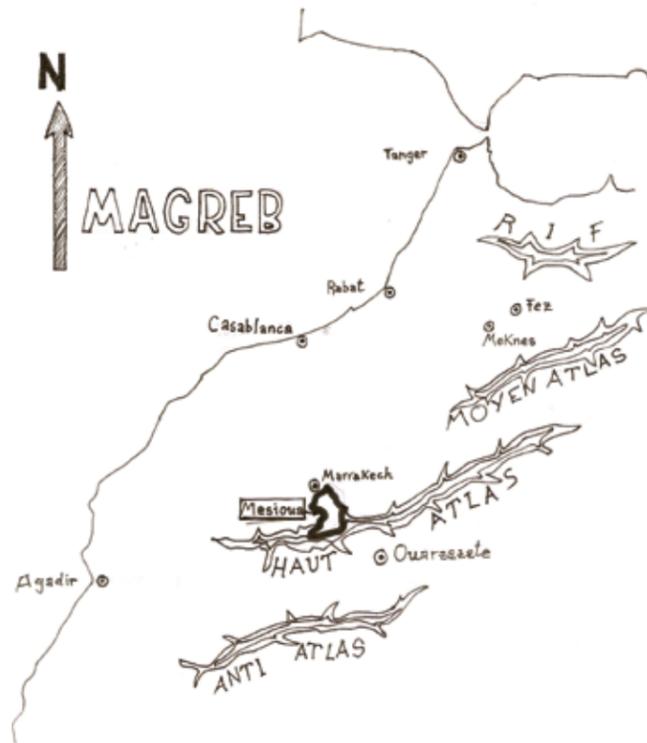
de vida o incluso subsistir en los malos años, las familias campesinas están obligadas a buscar otras retribuciones exteriores, particularmente en el periodo no agrícola, en actividades como electrificación, trabajos agrícolas estacionales en la llanura del Haouz o del Sous u otros trabajos en la ciudad. Otra parte de los ingresos complementarios provienen de las remesas de dinero de familiares emigrados a Marrakech, a otras grandes ciudades de Marruecos, al Sahara occidental o incluso a Europa.

La búsqueda de ingresos extras para la producción familiar está agravando la división de trabajo hombre-mujer. Además de encargarse de la mayoría de las tareas domésticas, del cuidado constante de los bóvidos, de su ordeño diario, del desherbaje de los campos de cereal o del suministro de agua y leña de cada hogar, hoy es posible ver a mujeres haciendo incluso de pastoras a veces, pues sus maridos, hijos o primos han emigrado, generándoles unas cargas de trabajo aún más ingentes y desiguales.

Como las otras poblaciones del Alto Atlas de Marrakech, la de los Ait Ikis está constituida por un campesinado semisedentario o trashumante organizado en pequeños y diferentes grupos sociales que encajan en colectivos cada vez mayores a la manera de un juego de muñecas rusas.

Agdal: Pensar en común

Los Ait Ikis definen sus reglas de gestión de sus bienes naturales comunes, como el tiempo de



Situación de la zona de estudio

uso, el espacio, la prohibición, el tipo de sanción en caso de transgresión de las reglas, los turnos de vigilancia, los miembros con derecho, etc. Todas estas decisiones se adoptan en el seno de la asamblea tribal de la *jmaa*, compuesta solo por los hombres cabeza de familia de cada hogar, que con su voz y voto representan a cada familia. Aunque en algunos casos es posible que previamente en el seno de cada hogar haya existido una discusión interna, principalmente se da entre los varones adultos de la casa, ni los jóvenes ni las mujeres tienen participación en la toma de decisiones.

En este contexto, en el Yagur queda prohibido pastorear durante aproximadamente tres meses a partir del 28 de marzo, coincidiendo con la primavera local, permitiendo la floración, la fecundación, la producción de semillas nuevas y la reconstitución de las reservas de especies vegetales, precisamente, durante el periodo más sensible de su crecimiento. Esto asegura la continuidad de la actividad pastoril y de la cadena alimentaria, así como un reparto relativamente equitativo de los recursos en propiedad común, pues se accede al mismo tiempo a los pastos con el número de animales que cada familia sea capaz de mantener por ella misma.

Una semana después de la apertura del *agdal*, se evalúa la carga pastoril sobre el Yagur para a continuación distribuir equitativamente el resto de sus cabezas de ganado sobre otros territorios de uso común de los Mesioua como el tisiyyi, el iferwan, el ourgouz o el tamsliyout. Estos son utilizados tanto de forma libre, como sometidos a reglamentaciones *agdal*. En cualquier caso, por la gran extensión y razones prácticas de acceso, la apertura del *agdal* del Yagur, determina la de otros pastizales de verano vecinos. Es decir, el *agdal* del Yagur “manda” así, en el pastoreo de los Mesioua de montaña. Es la llave maestra del sistema. De hecho, la palabra “yagur” significa en tachelhit (lengua local) “más grande que”, sin duda en referencia a la importante extensión de este territorio gestionado como *agdal*, en relación con otros de la zona, pero también a su importancia microgeopolítica en la toma de decisiones de la gestión del conjunto del territorio Mesioua.

Sea como sea en realidad, el *agdal* del Yagur es uno entre los cientos de *agdales* de la región, que permiten asegurar la mayor sostenibilidad y maximización de la productividad de forma autónoma y que concierne a miles de personas.

Aprendizajes del *agdal* para la soberanía alimentaria

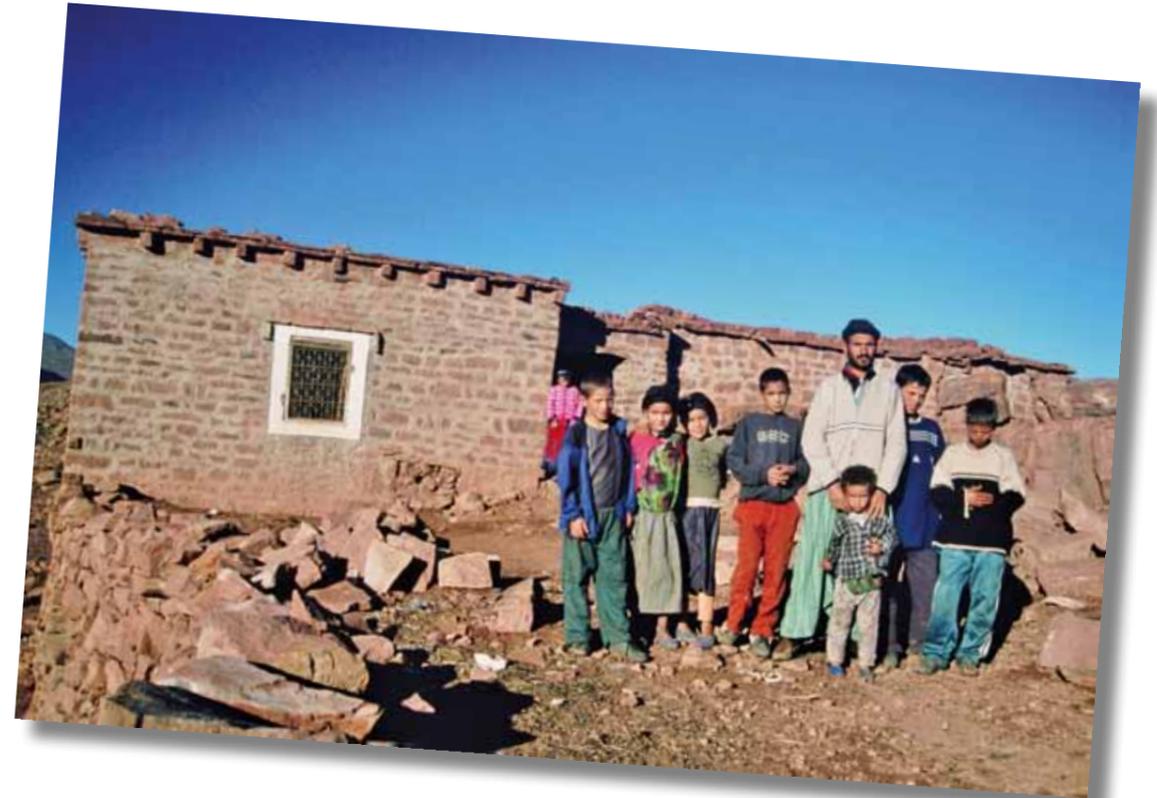
El *agdal*, se presenta como una pieza fundamental de esta economía agro-silvo-pastoril. En términos productivos, el Yagur gestionado por este sistema puede contribuir hasta en un 41% a la alimentación de las ovejas, 27% de las cabras y al 16% de los bovinos. Aún más importante es que esta aportación forrajera llega en medio del verano norteafricano, cuando los otros pastizales más bajos están ya muy secos permitiendo la supervivencia e incluso el engorde de los animales. En términos económicos se ha visto que supone casi el 20% del producto interior bruto de las comunidades usuarias de los Ait Ikis. Y, como hemos visto, la gestión en *agdal* es por lo tanto esencial en términos no solo de maximización productiva, sino funcional, pues determina una gran parte del resto del sistema agro-económico que constituye hoy cerca de tres cuartas partes de la economía y por ende de la continuidad de la cadena alimentaria.

Es por todo ello que no debe ser ignorada una institución local tan importante. A modo de conclusión, me gustaría avanzar pues, que podría ser muy interesante explorar nuevas posibilidades del *agdal* bajo el prisma de las nuevas aproximaciones al manejo de los comunes, y de la promoción de

la agricultura sostenible, ecológica y/o de calidad, que está hoy en progresión en el mundo entero.

Pablo Domínguez Gregorio.
Investigador y profesor de la
Universitat Autònoma de Barcelona.
Email: eco.anthropologies@gmail.com

Familia de un poblado contiguo al Yagur



Sigue el debate

Una brecha evidente

Una reflexión nace a propósito de estos sistemas comunales y tiene que ver, como dice el autor, con quiénes participan en los espacios de decisión y en qué calidad. Si lo pensamos con “nuestro filtro de género” detectamos que, en este caso, como en tantos otros, la brecha de género está presente y se reproducen funcionamientos propios de sistemas patriarcales. Para completar la mirada en este punto, queremos encontrar opiniones de mujeres de la zona, que desde la comprensión cultural del contexto puedan aportar. Esperamos poder contar con ellas y profundizar en la sección de comentarios de este artículo en nuestra página www.soberaniaalimentaria.info

M^a del Mar Martín Martín

EQUILIBRAR DESEQUILIBRIOS

LAS RELACIONES EN LOS PUEBLOS CON EL VECINDARIO VACACIONAL

El crudo invierno ha pasado y pasear por muchos de los pequeños pueblos de Castilla en estos días, especialmente de lunes a viernes, es encontrarte con las casas del pueblo en su mayoría cerradas a cal y canto, las calles desiertas y sus parajes solitarios. Los ruidos propios de la naturaleza son los pocos que interrumpen la cotidianidad del silencio. Todo parece estático, pero no es así, de vez en cuando y a lo largo del día se van sucediendo diferentes acontecimientos, el paso de un tractor, algún coche que va y viene a trabajar, los camiones de la venta ambulante, el pescadero, el panadero, la carnicera, el frutero, el de los congelados... la médica que viene a pasar la consulta, el cura a decir la misa, el secretario del Ayuntamiento, el autobús del colegio... Y por las tardes, las aulas de cultura, las manualidades, la gimnasia o alguna otra actividad esporádica. Al final de la tarde, un rato en el bar del pueblo, a compartir una buena conversación de fútbol, de política, del tiempo, o de lo acontecido a lo largo del día.

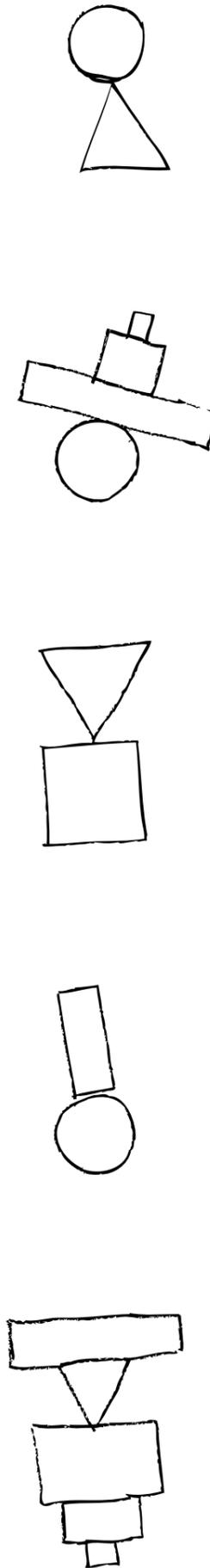
Siempre hay algo que se mueve por imperceptible que parezca.

Todo transcurre sin prisas, las personas más mayores son las que menos actividad generan y en algunos casos las que más acusan esta sensación de soledad; las más jóvenes aún en activo, no paran con sus actividades agrícolas, ganaderas, turísticas, etc. Las niñas y niños pasan el día en los centros educativos, colegios e institutos y completan el día con actividades extraescolares en las poblaciones más grandes, donde pasan muchas horas.

Hoy solo somos unas pocas, diez, treinta, cincuenta, cien pobladoras, y, de repente, en un instante, de la noche a la mañana, y no es metafórico, nos multiplicamos hasta casi por diez. La llegada de la Semana Santa a la salida del invierno moviliza a muchas personas y familias que quieren pasar estos días en sus lugares de origen y vuelven al pueblo, a relajarse y huir del mundanal ruido de la gran ciudad.

Esos días, la escasa población de los pueblos, nos convertimos y nos sentimos anfitriones pues

“ Cuando nos vamos adaptando, todo se esfuma al ritmo de las despedidas, los coches se van de vuelta a la capital y las bicis se guardan hasta el verano. ”



nos gusta acoger a quienes han llegado a pasar unos días; en definitiva son nuestros primos, hermanas, hijos, las amistades de la infancia, y también nos apetece cambiar un poco el ritmo cotidiano.

En un pestañeo, las puertas y ventanas de las casas del pueblo se empiezan abrir y el aire se carga de nuevos sonidos: los coches que van y vienen, la chiquillería y sus gritos jugando por la calle y sus bicis circulando o tiradas en cualquier rincón, las voces, los saludos...

En pocos días se pretende hacer muchas cosas, el ritmo se acelera, hay que pasear, hay que preparar cenas y encuentros, hay que hacer juegos infantiles, hay que organizar las fiestas del verano, la reunión de la asociación, las misas, las procesiones. Y sobre todo tenemos que escuchar cuáles son las maravillas de nuestros pueblos y qué debemos hacer para mejorarlos, ponerlos más bonitos, más acogedores, muchas recetas mágicas, pero pocas soluciones reales.

Nuestra labor de anfitrionas esos días, nos impide seguir con nuestra dinámica habitual. Si todos los días te juntas con tu vecina, con las amistades del pueblo de al lado, con las madres de los compañeros de tus hijos, hoy quien te requiere es este nuevo “vecindario temporal de tu pueblo”. Han llegado con unas ganas locas de relajarse y pasar unos días de tranquilidad, y casi sin que nos demos cuenta, nos imprimen su dinámica, su ritmo, de manera que nuestra actividad deja de tener importancia y pasa a un segundo plano.

Pero igual que empezó, en unos instantes termina. Cuando nos vamos adaptando, todo se

esfuma al ritmo de las despedidas, los coches se van de vuelta a la capital y las bicis se guardan hasta el verano. Todo vuelve a la normalidad.

Esos cuatro días de Semana Santa son los de mayor concentración de personas en los pueblos y, sobre todo a las personas más mayores, les recuerda a su infancia cuando había tanta vida en la calle, y se preguntan por qué no puede volver a ser así. Las personas del pueblo y de los pueblos cercanos que tienen negocio, han llenado sus cajas y esto les permite hacer un balance medio con los meses del invierno.

Volverán momentos similares, pero ¿seremos capaces algún día de equilibrar estos desequilibrios?

Todo esto nos debe llevar a una reflexión profunda, del modelo de ocupación territorial que hemos construido en los últimos 50 años y que no podremos mantener. Debemos ir en sentido contrario, recomponiendo y cambiando la relación rural-urbano hacia un modelo más equilibrado con nuestro medio y para las personas.

M^a del Mar Martín Martín
CODINSE. Pobladora de
Campo de San Pedro
Segovia

Daniel López

¿Hay un lugar para el pequeño comercio en la soberanía alimentaria?

Los estudios oficiales sobre distribución de los alimentos en el Estado español solo incluyen dos tipos de circuitos: el canal "tradicional" [central o cooperativa en origen - merca - pequeño comercio tradicional] y el canal "moderno" [central hortofrutícola - plataforma de compra - grandes superficies]. Sabemos que la soberanía alimentaria y las economías alternativas están creando otros que respondan a lógicas diferentes. ¿Puede el pequeño comercio ser parte de ellos?

Según los estudios del Ministerio de Agricultura, la comercialización de alimentos frescos se realiza en un 50% a través del "canal moderno" y más o menos un tercio a través de "canal tradicional". Si atendemos a los productos elaborados, la cuota de mercado del canal moderno alcanza el 90%. La concentración de la comercialización en el canal moderno es

creciente desde hace décadas y está en manos de 5 empresas distribuidoras, que acaparan alrededor del 60% de las ventas totales en este tipo de circuitos.

Los productos frescos comercializados a través del canal moderno son normalmente más caros y de peor calidad que en el canal tradicional. Los grandes volúmenes comercializados requieren

un mayor tiempo para llevar el producto desde la tierra hasta los lineales del supermercado y una logística bastante compleja. Por ello, las condiciones de producción (variedades, tratamientos postcosecha, etc.) atienden más a la logística que a la calidad; se dan muchas pérdidas de productos y la calidad final del alimento merma sensiblemente debido al transporte y al almacenamiento.

La estrategia de las grandes superficies para obtener beneficio se basa en vender muchas unidades con poco margen. Para ello, tratan de eliminar la competencia y ofrecer un producto elaborado muy barato (con materias primas de pésima calidad y presionando a la baja los precios pagados a agroindustria y a producción) como "producto gancho"¹. En algunos estudios se muestra cómo la producción obtiene un mayor margen neto en el canal moderno. Sin embargo, son muy pocos los productores y productoras que acceden a este tipo de circuito comercial, ya que requiere grandes gastos e inversiones y grandes volúmenes de producción.

Por su parte, el canal tradicional dista mucho de ser una alternativa sostenible para los sistemas agroalimentarios locales. La red de *mercados* supone en la actualidad un estrangulador de valor añadido para quienes producen. Esta red de infraestructuras públicas se ha convertido en un espacio donde los actores distribuidores mayoristas ("asentadores") concentran las producciones en pocas manos y desde donde se imponen precios muy bajos a la producción. La red de *mercados* no tiene ningún compromiso con el producto local ni con la calidad de los alimentos y, muy al contrario, se ha integrado, como un conjunto de nodos, en la red global de la distribución alimentaria, a espaldas de los circuitos locales, apoyando a los flujos transnacionales privados, que solo siguen una lógica de especulación².

Por su parte, los pequeños comercios que se abastecen de los *mercados*, en general siguen una lógica de precios (cuanto más barato, mejor, venga de donde venga); y su estrategia para sobrevivir generalmente se basa en vender

alimento barato (de mala calidad) y trabajar muchas horas para conseguir una mínima renta (autoexplotación).

Nuevos circuitos de distribución en el entorno local

En todo caso, reducir a dos canales las posibilidades de distribución alimentaria existentes, oculta una gran diversidad de configuraciones que revierten un gran interés desde la perspectiva de las redes alimentarias alternativas y la soberanía alimentaria. Aunque los circuitos alternativos existentes son minoritarios, quizá suponen la base para una relocalización y diversificación de los flujos agroalimentarios. Al apoyarlos se podrían generar impactos (sociales y ecológicos) positivos de gran escala.

En los últimos años estamos observando una cierta reconfiguración de la distribución local que se caracteriza por una gran diversidad de circuitos y redes que combinan los flujos y lógicas globales con las locales, como estrategia de supervivencia de los pequeños operadores. Así, aparecen otros modelos como las cadenas cooperativas de pequeño comercio que están surgiendo en distintas comunidades autónomas; las cooperativas de producción que están abriendo tiendas al público o crean estructuras de distribución para el pequeño comercio en el entorno local; el pequeño comercio que se abastece directamente de producto local; o las propias personas productoras que están abriendo tiendas en el medio rural (normalmente negocios familiares) o en ciudades cercanas (normalmente en grupos organizados). También los modelos más asentados de redes alimentarias alternativas siguen desarrollándose, como los grupos de consumo, la venta a pie de finca, los mercados campesinos o el consumo social.

El pequeño comercio: ¿una alianza imposible?

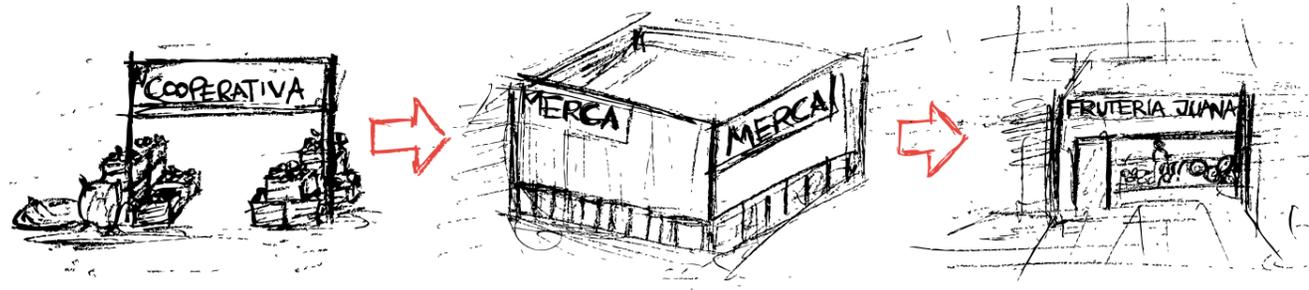
En el Estado español existen en la actualidad cerca de 485 000 pequeños comercios, que representan cerca del 25% de las ventas totales del comercio alimentario. El 90% de los establecimientos tiene menos de nueve personas trabajadoras, y cerca del 80% cuenta con dos o menos. El perfil de la persona que atiende al público es bastante homogéneo: personas mayores, empleo principalmente autónomo y sueldos bajos.

La estrategia más generalizada para mantener una renta mínima pasa por abrir muchas horas, y

1. El ejemplo del aceite de oliva, que las grandes superficies llevan comercializando varios años a precios por debajo de los costes de producción, es especialmente sangrante. Pero ni mucho menos es el único.

2. Ver estudio *La ruta del tomate*, realizado por Mónica Vargas y Olivier Chantry, y publicado en 2014 por el Observatorio de la Deuda en la Globalización [ODG].

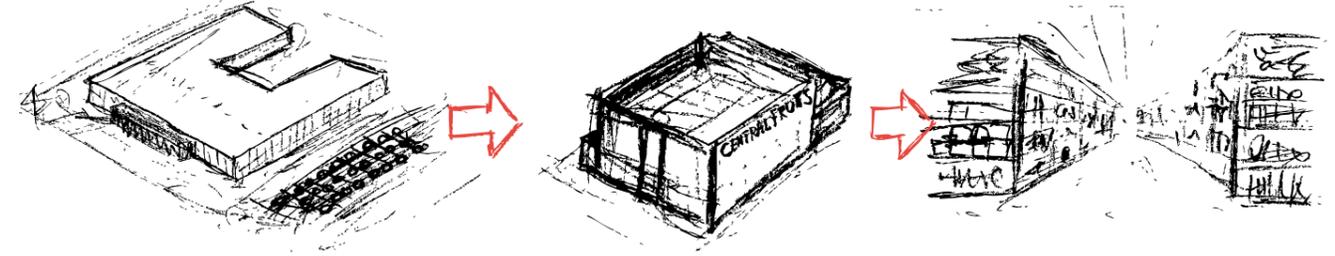
CANAL TRADICIONAL

CENTRAL O
COOPERATIVA
EN ORIGEN

MERCADO

PEQUEÑO
COMERCIO
TRADICIONAL

CANAL MODERNO

CENTRAL
HORTOFRUTÍCOLAPLATAFORMA DE
COMPRAGRANDES
SUPERFICIES

por lo tanto por la autoexplotación. Depender del trabajo propio permite una gran flexibilidad, que ha permitido que el pequeño comercio soporte mejor que las grandes superficies los últimos años de reducción del consumo. Sin embargo, la situación del pequeño comercio no es cómoda, y busca formas de diferenciarse de las grandes superficies, a las que identifican como su principal amenaza.

En este sentido, cada vez más pequeños comercios optan por introducir producto local, tanto alimentos frescos como elaborados. Las ventajas son diversas: productos más frescos, más adaptados a la identidad y a las tradiciones de cada zona, de mayor calidad, y con menores precios, ya que se reducen intermediarios (un 41% del precio final en el canal tradicional de comercialización de tomate). En algunos casos, el pequeño comercio habla de empleo local, de economía local, de reforzar los lazos locales frente a los flujos globales. No en vano, apoyándonos en datos oficiales, el modelo de canal tradicional deja fuera de las comarcas de producción, al menos, el 70% del valor añadido del producto.

Las grandes superficies son un enemigo común que podría acercar al sector agrario (incluyendo a la pequeña agroindustria) y el pequeño comercio. Desde esta perspectiva, es posible construir alianzas por la soberanía alimentaria.

El pequeño comercio supone una red de distribución de proximidad inmensa, que cubre todo el territorio. Sin embargo, esta posible alianza se topa con amplias desconfianzas entre los dos actores (producción y comercialización), que han sido cultivadas desde hace décadas. El pequeño

comercio se resiste a comprender que cambiar de modelo supone construir un proyecto común, más allá de los precios y de los márgenes comerciales. Un proyecto que incluye a producción, distribución y consumo locales, y en el que cada parte debe arriesgar y poner energía y recursos de su parte. Requiere confiar en el resto de actores de la cadena productiva local y poner a todas las partes a la misma altura, para buscar el interés común. Para ello, las propuestas que vengan desde el consumo y el sector agrario deben ser firmes y claras, y poner a cada cual en su sitio. En todo caso, hay diversos retos que afrontar en este camino.

Uno de ellos es la idea errónea de que el pequeño comercio solo puede comprar al mismo precio que lo que le ofrecen en los mercados. Por un lado, en los mercados hay precios muy diversos y muy distintas calidades de producto. El producto local puede tener la mejor calidad y, por lo tanto, puede alcanzar mejores precios. Limitar la estrategia de lo local a los precios bajos es una locura que solo beneficia a los modelos agroindustriales y para ello es fundamental comunicar la importancia de *consumir local*. Además, alcanzar precios justos también depende de la capacidad de la producción y el comercio de construir redes de distribución eficientes, que puedan equipararse a los costes que suponen los mercados. Para ello es muy importante la organización, tanto de la producción como de la distribución.

Los comedores escolares que se han organizado para tener producto local y agroecológico están estableciendo ya centrales de compra, una experiencia muy interesante para poner en

práctica estas alianzas. Un ejemplo de ello es el de la Associació Menjadors Escolars que, con el apoyo del Consell Comarcal, en la comarca del Maresme, en Barcelona, ha iniciado un proyecto piloto de Central de Compras con la participación de 11 iniciativas de producción local y 10 empresas que gestionan 13 comedores escolares.

Este tipo de redes presenta un innegable interés social, por su capacidad de fortalecer y proteger las economías locales y de limitar los impactos ecológicos de las redes de distribución globales. Por ello, los organismos y entidades públicas para la distribución alimentaria (como la red de *mercados* y otras) deberían prestarles un apoyo especial. En la actualidad esto ocurre al revés, y además la normativa higiénico-sanitaria

dificulta enormemente la posibilidad de comercializar pequeñas producciones en el entorno local. La comercialización de alimentos ecológicos en comercio convencional se ve, a su vez, doblemente dificultada por una normativa rígida y que no considera las especificidades de estas redes. La flexibilización de estas normativas para el contexto local, así como políticas públicas que apuestan decididamente por estas redes, también pueden suponer un importante apoyo para su desarrollo.

Daniel López
Ecologistas en Acción

Sigue el debate

Alianzas con el pequeño comercio

Seguiremos profundizando en este tema en próximos contenidos y quisiéramos contar también con vuestro aporte y experiencia. ¿Cuál pensáis que puede ser el papel del pequeño comercio en los canales cortos de comercialización? ¿Conocéis casos donde las alianzas entre ellos y el sector productivo esté funcionando bien? Esperamos vuestros puntos de vista en la sección de comentarios de este artículo en nuestra web.

Consejo editor

A PROPÓSITO DE LAS JORNADAS

“Del campo a las urnas”

El pasado 25 de marzo se organizó en Madrid un encuentro singular: la clase política estaba invitada a dialogar con quienes pensamos que el campo tiene que recuperar el protagonismo como motor socioeconómico. Lo primero a resaltar es el gran éxito de asistencia que tuvo este acto, con la sala del Hotel Preciados desbordada y muchas personas viendo el acto en directo por *streaming* e interactuando en las redes sociales. También hay que destacar la llegada de muchas personas de los pueblos.

Liliane Spendeler, de Amigos de la Tierra, fue la encargada de abrir la jornada explicando el porqué de la misma. “En un año de muchos comicios electorales es importante acercarse a los partidos políticos las preocupaciones y necesidades del campo”. Y con elegancia se entendió sin ser dicho que ‘si Mahoma no va al campo, el campo va a Mahoma’, en referencia a la ausencia de las temáticas relacionadas con el medio rural y el sector primario de los tan frecuentes debates políticos en esta época.

A continuación, presentó a las personas que en representación de sus partidos políticos aceptaron la invitación (PP, PSOE, IU, EQUO, Podemos, Bildu y Ciudadanos), seis hombres y una sola mujer, un claro reflejo de la representación política actual.

Las intervenciones de los partidos políticos se centraron fundamentalmente en la PAC y el TTIP, que en la primera ponencia, Miguel Blanco, de COAG, había cuestionado por partida doble, dibujándose un escenario de enfrentamiento deportivo. En un lado, Podemos, EQUO, Bildu e

IU, utilizando adecuadamente y en más de tres y cuatro ocasiones la expresión “soberanía alimentaria”, como paradigma, con una negativa muy clara al avance del libre comercio. En el otro, el PP y el PSOE que, de la mano, admitieron sin rubor que el TTIP se está negociando de forma secreta y que sus partidos lo defienden como una buena herramienta para aumentar las exportaciones alimentarias. Ambos abandonaron el acto tras su intervención. El representante de Ciudadanos, presente, no intervino como muestra de luto a las víctimas del accidente de avión del día anterior.

Queremos destacar las palabras de Maite Aristegi, representante de Bildu, con una intervención muy clara donde, con la misma contundencia, manifestó oponerse al TTIP y reclamó que es fundamental poner en el centro del modelo de agricultura social y sostenible que la sociedad nos demanda, la igualdad de derechos entre hombres y mujeres. “Somos las mujeres las que más cerca hemos estado siempre de este modelo de producir, cuidando la tierra”, afirmó.

En el primer turno de preguntas, cuando aún estaban en la sala todos los partidos, una pregunta quedó por responder: ¿Los partidos políticos tienen conciencia de incorporar campesinos y campesinas en sus listas electorales?

En el siguiente bloque, la presentación de Isabel Villalba, del Sindicato Labrego Galego, explicó que las exportaciones no suelen producir empleo digno, al contrario, son las producciones locales y el comercio de proximidad lo que realmente fija personas al territorio. En concreto, dijo que por cada 10 euros gastados en circuitos

próximos se generan 25 para la economía local. “Hemos de pensar en el futuro, por eso queremos decidir, para pensar en el futuro. Por ejemplo, ¿cómo nos afectará el cambio climático?, ¿qué políticas tenemos para las personas jóvenes en el campo?”, añadió.

Ferran García, de Justicia Alimentaria Global, explicó que quizás entender el desarrollo rural como la política del campo es pobre, es parcial, ya que ‘no son las cosas del campo’, sino cosas de todas las personas, pues todas nos alimentamos. Entonces, ¿en qué medida la lejanía con la que vemos las políticas hechas en la ciudad –y desde luego mayoritariamente pensadas para las ciudades– tienen que ver con la miopía de la clase política hacia el campo y su histórico desprecio, y cuánto tiene que ver con nuestra propia forma de encerrarnos en nuestro mundo rural?

En el tercer bloque se interpelló a los partidos políticos sobre la ley Montoro (Ley de Sostenibilidad y Racionalización de la Administración Local) que, como explicó María del Mar Martín, de Colectivos de Acción

Solidaria, “reduce las competencias de los pequeños municipios a una mera agencia de servicios”. Mientras leyes como esta alejan la gobernanza de los pueblos a las capitales, Jeromo Aguado, de la Plataforma Rural, incidió en la importancia de reapropiarnos de las políticas públicas –y especialmente las municipales– “porque en ellas se decide lo que afecta a las próximas generaciones”.

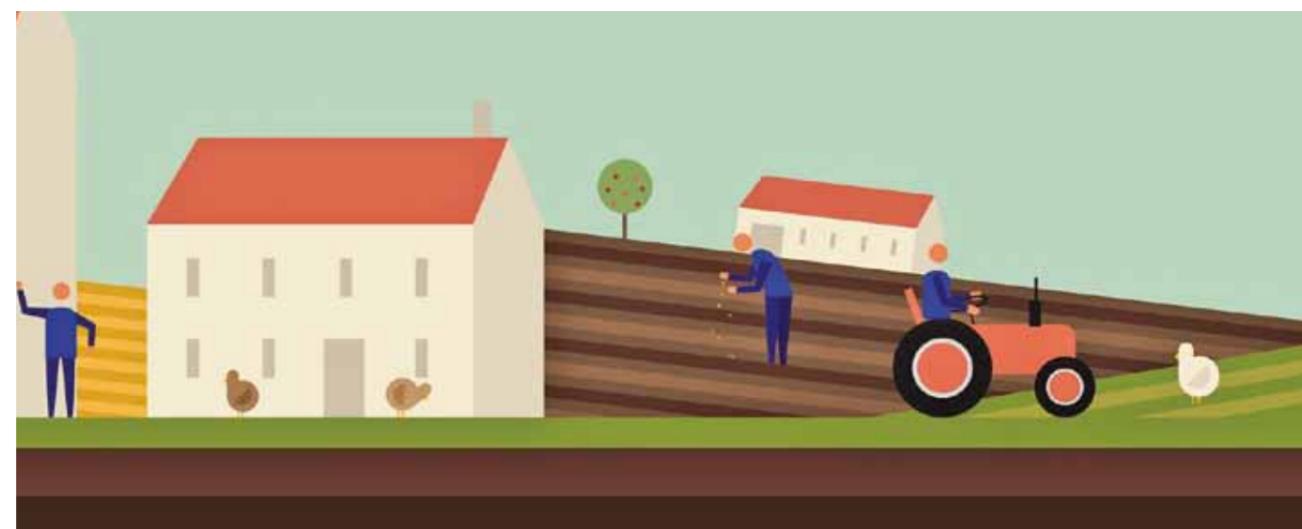
Un año de elecciones donde hemos de reapropiarnos de lo político y de lo público. Y jornadas y actividades como esta, y muchas otras que se están reproduciendo en muchos lugares, son una muestra de que tenemos un escenario político actual muy interesante, con muchas más opciones, con compañeras y compañeros que, cuando se publique este resumen, ya habrán entrado a formar parte de muchos Gobiernos locales. Ojalá que todo ello contribuya a ganar más soberanías en general, y más soberanía alimentaria en particular.

Consejo editor

PARA SABER MÁS

“Del campo a las urnas”, jornadas organizadas por: COAG, Amigos de la Tierra, VSF-Justicia Alimentaria Global y Plataforma Rural.

Todas las jornadas pueden ser vistas en: www.youtube.com/watch?v=oYF7BrQMYUo



“En los pueblos tenemos menos cosas pero la calidad de vida es mejor, si la sabes vivir”

ENTREVISTA A
TEONILA PORRO RELEA
CAMPESINA Y RESIDENTE
EN EL PEQUEÑO MUNICIPIO
PALENTINO DE VILLAMORONTA

Teonila es una de esas mujeres que creen que ser campesina no es solo una profesión, sino un modo de vida. A sus 72 años, continúa el legado de sus ancestros cultivando la huerta y produciendo sus propios alimentos tal y como le enseñó su padre. Sus arrugas son los surcos humanos que cuentan su experiencia de vida, la historia de una mujer que apostó por el campo y el medio rural, no solo como una forma de sobrevivir, sino como una opción de vivir digna y coherentemente. Además, es una defensora convencida de la calidad de vida del mundo rural. Teonila es simplemente una de esas personas que merecen contar su historia y ser escuchadas, puesto que su sabiduría no es otra que la de una mujer luchadora en un mundo empeñado en demostrar que su opción de vida no es la más válida.

Teonila, fue la segunda de cuatro hermanos de una familia campesina ubicada en el municipio palentino de Villamoronta, uno de esos pueblos que, como tantos otros, se ha ido empequeñeciendo con el paso de los años. Villamoronta tiene una economía básicamente agraria y ganadera, con 267 habitantes, en su mayoría población envejecida y donde la más joven no encuentra su lugar, un ejemplo más de la crisis en la que se encuentra el medio rural. Sin embargo, a diferencia de otros pueblos de su alrededor, Villamoronta aún mantiene servicios básicos como una tienda de comestibles, una carnicería e incluso una escuela primaria e infantil, de las pocas que aún se mantienen en la zona. La jota de Villamoronta, la danza tradicional de Tierra de Campos, es una de las más conocidas dentro del folklore palentino y hoy en día son muchos los y las danzantes que mantienen esta tradición con la misma esperanza con la que Teonila planta sus semillas.

Ella, desde su infancia, veía como su padre sembraba la huerta que durante generaciones no había dejado de dar verduras y hortalizas. Teonila y su familia, han vivido por, para y junto a esa tierra que les ha dado de comer. Además, también cuidaban de algunos animales y su padre regentaba una pequeña cantina. Se trataba del minifundio, ese pequeño capital formado con un poco de esto y un poco de lo otro y que Teonila continúa reivindicando en un mundo donde según ella “necesitamos mucho y tiramos mucho también”.

A los 20 años, dejó su pueblo y se marchó a trabajar a Santoña, una pequeña ciudad de la provincia de Cantabria. Teonila decidió ir sin

pensarlo mucho, puesto que por aquel entonces ella y sus hermanos tenían la idea de salir del pueblo donde ya sabían lo que les esperaba. Tras casarse y vivir en diferentes ciudades junto a su marido, guardia civil de profesión, Teonila decidió separarse y volver al pueblo junto a sus hijos. “Como allí no había dónde ganar un duro y sobrar no sobraba nada, sobreviví con la huerta. Volví a cultivar lo que me habían enseñado, conocía el oficio y no me costó nada integrarme”. Así resume Teonila su vuelta al campo, del que dice se fue siempre con la idea de volver. Además de la huerta, Teonila decidió cuidar de algunos animales y con ello su vida económica mejoró. Esta mujer campesina descubrió que, al producir por sí misma las cosas que necesitaba, podía mantener a toda su familia.

Me encuentro con Teonila un domingo de mayo cuando las plantas de tomate de su huerta empiezan brotar. A primera vista, Teonila rompe los moldes de su edad ya que tal y como me habían contado parece una mujer fuerte, optimista y sobre todo activa. Antes de comenzar a charlar me enseña con orgullo su huerto y con un poco de resignación me dice que en otros tiempos cultivaba toda la parcela pero que ahora solo planta un pedazo de tierra, lo suficiente para tener hortalizas y verduras para su familia durante todo el año. La huerta de Teonila está situada junto a su casa, una casa grande, con su bilbaína y su espaciosa cocina y con un gran ventanal en el salón desde el que puede vigilar que los pájaros no arruinen su cosecha. Había oído hablar de esta mujer por su participación en el banco de semillas de Amayuelas de Abajo, ella era una de las campesinas que había llevado algunas de las semillas autóctonas que había plantando una y otra vez durante toda su vida. En el banco de semillas las plantas de Teonila tendrán asegurada su supervivencia y se convertirán así en el testigo de la sabiduría y la fortaleza de esta campesina cuando ella ya no esté. Teonila me advierte que posiblemente se emocione, pero su gran sonrisa me da a entender que no lo dice desde el pesar, sino desde la seguridad de alguien que ha sido feliz con lo que ha tenido.

¿Lo que producía en la huerta era solo para consumo propio?

También vendía o lo intercambiaba con las vecinas. La gente solía sembrar para su autoconsumo, pero mi padre solía vender una parte, los

pepinos en verano, por ejemplo. No había tiendas como las de ahora que tienen de todo, no había las frutas y verduras que hay ahora, la comida se vendía a granel: el azúcar, el aceite, la sal... Yo, cuando llegué, empecé a vender lo que me sobraba, las vecinas me decían: “¿nos vendes un par de tomates?”. Luego empecé a sembrar más y con ello a vender una parte de mis productos. Después llegaron las tiendas y los mercados, la gente empezó a cambiar, empezó a comer otras cosas y yo fui vendiendo cada vez menos, pero lo he hecho hasta que físicamente he podido. De esta manera he contado con ingresos económicos y he tenido lo necesario para vivir bien.

¿Qué ha supuesto para usted pasar casi toda su vida cultivando la tierra?

Decidí marcharme del pueblo aun sabiendo todo lo que dejaba atrás. Entonces empecé a vivir una vida muy diferente a la que había tenido hasta ese momento, siempre en contacto con la tierra. Mi vida fue el oficio de mi marido, que no tenía nada que ver con la agricultura. Pasé 30 años viviendo con él, tenía 50 años cuando me separé y decidí volver al pueblo y me incorporé otra vez a la vida de la agricultura. Tenía las tierras y la huerta y me gustaba. Para mí no fue ningún bache, yo no he sufrido ningún drama por venir de una vida holgada con mi marido, donde no hacía más que hacer la comida y cuidar de mis hijos. No me costó trabajo incorporarme otra vez, no me da vergüenza coger el saco para ir a por leña o para ir a por maíz para los pollos, a mí nada me ha ahogado en la vida, todo lo contrario.

¿Disfrutabas trabajando la huerta y el campo?

Siempre he disfrutado. Hay otros que reniegan de los trabajos del campo, pero yo no, jamás, todo lo contrario, he disfrutado y lo sigo haciendo. Yo voy ahora a dar un paseo al campo y me quedo embelesada mirando los trigos, viendo el maíz, observando cómo se trabaja ahora. Y... ¡los ojos ven tanto!... a veces bueno, a veces malo.

Usted vive en Villamoronta, el pueblo donde nació. Mucha gente cree que la vida en el mundo rural es monótona y aburrida. ¿Usted qué opina? ¿Cómo ha sido su experiencia?

Sí que es verdad que muchas personas de mi época salimos del pueblo porque no había

vida laboral, no había industria. Una vez que te casabas, la única opción era el campo. Pero las generaciones de ahora dicen: “El pueblo no es para mí”. Yo jamás me he aburrido en el pueblo, todo lo contrario. Incluso cuando dejé el pueblo me fui con el plan de volver. Es verdad que a veces sí que se te pasa por la cabeza que el pueblo es un aburrimiento. Pero vives en una casa, no es cerrado, tienes el patio, la huerta, sales a dar paseos al campo o también puedes ir a las actividades que se organizan para la gente del pueblo, yo me he apuntado a clases de gimnasia, por ejemplo.

¿Cree que aún hay ciertas necesidades de los pueblos que no están cubiertas?

Nosotros tenemos médico todos los días menos uno a la semana, hay actividades: gimnasia, labores, pintura... Pero también nos van quitando cosas, el autobús público venía al pueblo antes todos los días, ahora viene únicamente dos, eso te quita mucha autonomía. Te dicen: “Todo el mundo tiene coche”, pero los que no tenemos coche, la gente mayor, por ejemplo, ¿qué hacemos? Se quejan porque a veces solo lo utiliza un viajero, pero lo necesitamos. Si quieres ir al dentista, por ejemplo, tienes que poner la cita uno de los dos días que pasa el autobús y, claro, es muy limitado. No hay las cosas que encuentras en la ciudad, lugares donde hacer actividades de ocio, un cine, por ejemplo. Aquí se tienen que poner de acuerdo tres o cuatro personas para ir a la ciudad a hacer esas cosas y, claro, ya te desmoralizas, te deja de importar el no hacer esas cosas porque cuesta mucho hacerlas.

Hablemos del futuro del mundo rural, ¿usted qué opina? ¿Tiene esperanza?

La agricultura y la ganadería que hay son de explotación intensiva y no crean empleo. La tierra está en pocas manos, toda está comprada, pero no da trabajo a una población joven que se marcha. Antes la gente tenía su pequeño minifundio, todo el mundo tenía su pequeño capital: un par de mulas, unas pocas vacas, algo de remolacha... y la gente podía vivir, vivíamos. Yo, si tuviera veinte años ahora, desde luego que sabiendo lo que sé, hubiera montado una granja de gallinas, una plantación de fresas o cualquier otra historia, todo con vistas a hacer una inversión en la tierra. Yo, si tuviera veinte años, invertiría aquí, no me cogería el toro desprevenida.



¿Qué le parecen las nuevas personas pobladoras que deciden dejar la ciudad e iniciar una nueva vida en el campo?

A mí me encanta. Descubren que hay más tranquilidad y que hay vivienda a pesar de que han dejado caer muchas de las casas que antes estaban ocupadas. Con su experiencia de vivir en la ciudad y después venir al pueblo, pueden hacer entender que el pueblo no es algo malo, que se puede vivir con menos que en la urbe. Hay gente a la que le da vergüenza decir que es de pueblo, yo jamás lo he negado. Soy de pueblo y ¡poco bien se vive aquí! Dicen que no tenemos cultura, pero no saben que tenemos una cultura que vale más. Yo apenas fui a la escuela, cada vez que tengo que rellenar un documento tengo que pedir ayuda, pero sé hacer algo fundamental, sé producir la comida, a eso no me gana nadie. Cuando hablaban de la ciudad, de la industria, de todo lo que se producía, yo me quedaba pensando. Al final llegaba a la conclusión de que ellos eran los que ganaban dinero, sí, pero con el hierro no se come, se come con lo que se hace en el pueblo. Siempre

me he preguntado por qué la gente respeta un puesto de trabajo en la ciudad y no en el pueblo. En el pueblo soy yo, tengo más independencia, más libertad y eso hay que valorarlo también.

Me despidió de Teonila con la promesa de volver a verla cuando las plantas de su huerto hayan dado su fruto. Confío en que cuando nos volvamos a ver, Teonila siga manteniendo la fortaleza que demuestra a cada paso. Esta mujer campesina aún no ha decidido tirar la toalla y lo hace demostrando que su forma de vida, basada en el autoconsumo, en el apego a la tierra y en la vivencia de lo rural no es solo una forma de sobrevivir, sino sobre todo de vivir.

*Violeta Aguado Delgado
Licenciada en Periodismo
y Comunicación Audiovisual*

Aprender del futuro

LA CHICA MECÁNICA DE PAOLO BACIGALUPI



Helen Groome

Es difícil aprender de algo que todavía no ha ocurrido, como siempre será el futuro. No obstante, “La chica mecánica” invita a meditar sobre el rumbo que lleva nuestro planeta al ofrecer una visión de un posible futuro que es horrorosamente posible.

El cuento, ya que es un cuento a pesar de tocar ciertos nervios por lo real de determinados detalles, se teje con urdimbres y tramas llamativas. En su caso las urdimbres, por ser muy actuales y muy relevantes: las consecuencias de la codicia implícita en la imposición del libre mercado en todas y cada una de las relaciones entre pueblos, reinos, naciones, empresas y personas; las consecuencias de construir un sistema económico-social en el que la corrupción sea un *modus operandi* necesario para la vida cotidiana (pero aun así punible); las consecuencias deseadas o no del empleo de la ingeniería genética en casi todos los seres vivos; las consecuencias del cambio climático; y las devastadoras implicaciones de un sistema en que la mujer, en este caso mecánica, se trata como objeto sexual a la libre disposición de hombres poderosos y con la connivencia de otras mujeres.

Contra poniéndose a las urdimbres y aunque sea este un cuento cruel en extremo, hay algunos destellos de tramas relucientes que, a la vez, muestran la perspicacia del autor: la importancia de que cada pueblo logre mantener el control de sus bancos genéticos, concretamente de sus semillas; la importancia de evitar la dominación

“extranjera”... o, mejor dicho, la dominación de los grandes intereses económicos sean de donde sean; la resistencia de la buena conciencia ante la opción de claudicar; la solidaridad que puede aflorar en momentos extremos... Es como si el autor hubiera cogido al vuelo sentimientos y necesidades sociales pululando por el mundo de las personas de a pie, en sí, toda una victoria de los movimientos alternativos en saber hacerse oír y en saber hacerse entender.

Sí, está claro que este libro puede decirnos algo, aunque el futuro no vaya a ser exactamente como lo dibuja. Sus tramas y urdimbres afloran tanto ya en nuestro presente que urge meditar sobre ellas, máxime desde la perspectiva de la soberanía alimentaria. El libro, de hecho, se desarrolla en un lugar en que la soberanía alimentaria no existe y en el que su futuro como opción agroalimentaria pende de un fino hilo... asociado, claro está, con el control de las semillas del pueblo. Es un libro que se puede leer como una mera aventura casi ciencia ficción, o un libro que remueve nuestros pensamientos y ganas de luchar por un futuro más natural, equitativo y sensible.

Helen Groome
Consejo editor

DE UN VISTAZO
Y
MUCHAS ARISTAS

rEvoluciona Rural

rEvoluciona Rural es un movimiento de movimientos sociales y/o municipios muy activos en la reconstrucción del medio rural, agroecología y transición. Se organiza como la trashumancia, con cuatro lugares-encuentros anuales, entre Andalucía y Castilla y León, subiendo por Extremadura y bajando por Castilla-La Mancha. Se definen como encuentros entre gentes en evolución personal implicadas en rEvoluciones colectivas para reVitalizar los pueblos. Se organizan los encuentros con un esquema de ponencias y conferencias, y explicaciones de los proyectos de rEvoluciones Rurales que ya están en marcha, en paralelo a mercadillo y a talleres de libre acceso.

El primer encuentro con este nombre ha sido el de primavera de 2015, celebrado en Carcaboso (Cáceres), pueblo en transición, los días 24 y 25 de abril, y en él se dieron cita varias decenas de personas de diferentes comunidades autónomas y cientos de personas del pueblo que abarrotaron los más de diez talleres (destilado, costura, agricultura, jardinería, biodanza, monedas sociales, etc.) y actividades que se desarrollaron en paralelo a un concurrido mercadillo con cerca de treinta puestos.

rEvoluciona Rural son personas que, trabajando por separado con un objetivo y deseo común, se han encontrado naturalmente para r-evolucionar juntas de una forma sensible y emocionante el mundo rural.

El próximo rEncuentro de verano del rEvoluciona Rural será en Megeces (Valladolid) los días 10 y 11 de julio.

Volviendo al campo

Con este nombre se está desarrollando por segundo año un proyecto autogestionario de equidad social y formación profesional para jóvenes en el medio rural en Amayuelas de Abajo, Palencia. En concreto, este año se cuenta con 12 nuevas personas llegadas de Mali, Marruecos, Guinea Ecuatorial, Camerún, Argelia y España.

En estos primeros meses, estos chicos y chicas ya han podido participar en talleres formativos de semilleros, cocina o construcción con barro, en sesiones sobre la situación del desempleo en España y las perspectivas de futuro. Han practicado el cuidado de pollos de engorde, cabras y ovejas. También se han empezado a hacer presupuestos de lo que les costaría instalarse por su cuenta en algunos de los oficios posibles.

Al final, se trata de compartirles nuestra vida campesina esperando que el aprendizaje e integración en la zona puedan ser un puente para su instalación en el medio rural.

Más información:
volviendoalcampopalencia@gmail.com

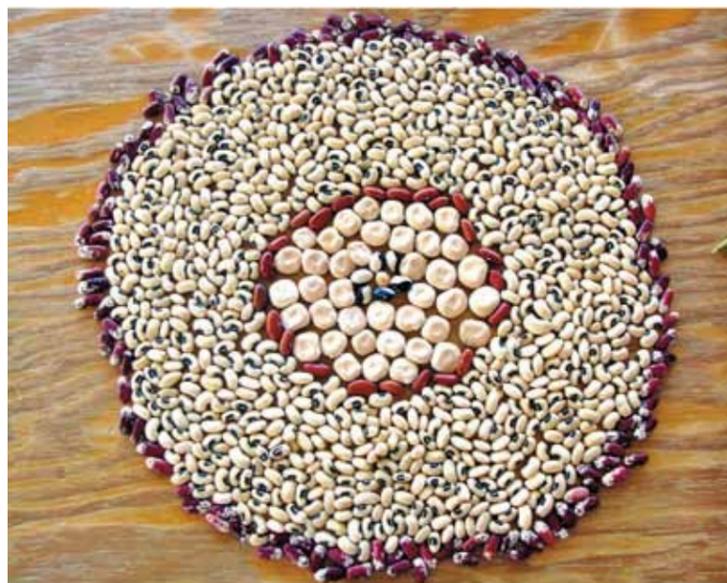
Impactos de los cultivos y alimentos transgénicos sobre la salud

El informe *Impactos de los cultivos y alimentos sobre la salud* es el segundo de una serie que inició la Plataforma Andalucía Libre de Transgénicos (PALT) en 2013, con la publicación del *Documento de reflexión para una moratoria de transgénicos en Andalucía*. Este documento detallaba los motivos por los que la Junta de Andalucía debiera prohibir de forma inmediata estos cultivos, su localización en el territorio, y recogía, por último, una serie de testimonios de personas de diferentes ámbitos para aportar una visión amplia sobre esta cuestión. Desde la publicación de ese documento, la Junta de Andalucía ha dado algunos tímidos pero insuficientes pasos para prohibir los cultivos y alimentos transgénicos.

De ese contexto emana esta nueva publicación, que nace con el objetivo claro de informar a la sociedad civil y a los responsables políticos, de los posibles riesgos para la salud que entraña un sistema agroalimentario con transgénicos, haciéndolo de manera comprensible, accesible, completa y resumida. Para ello, en primer lugar, da una serie de motivos para reclamar un sistema agroalimentario libre de transgénicos en Andalucía. En segundo lugar, recopila la información disponible sobre los cultivos y alimentos MG que están presentes directa o indirectamente en la vida de la población andaluza, haciendo hincapié sobre la características de las modificaciones genéticas que tienen incorporadas. Continúa con una compilación de artículos científicos publicados sobre la influencia que tiene una alimentación y agricultura transgénicas sobre la salud, en términos de toxicidad, respuesta inmune y alergenicidad, propagación de resistencias a antibióticos y transferencia genética horizontal y contenido en residuos tóxicos. Por último, ofrece algunas pinceladas sobre la evaluación de riesgos para la autorización de transgénicos para su cultivo y/o comercialización en Europa así como los elementos precautorios presentes en determinados acuerdos internacionales en materia de OMG.

Descargar el informe:

http://redandaluzadesemillas.org/IMG/pdf/141230_informe_omg_y_salud_palt.pdf



IMPACTOS DE LOS
CULTIVOS Y ALIMENTOS
TRANSGÉNICOS
SOBRE LA SALUD

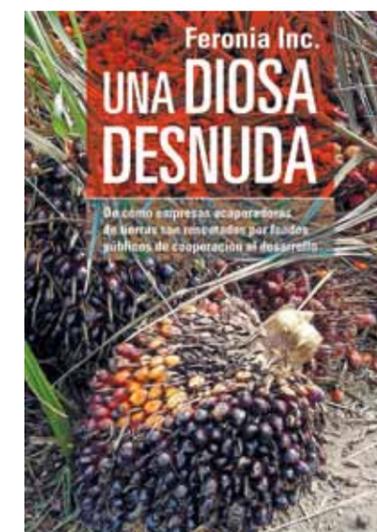
Inseguridad, opacidad
e irresponsabilidad



UNA DIOSA DESNUDA

EMPRESAS ACAPARADORAS DE TIERRAS RESCATADAS POR FONDOS PÚBLICOS DE COOPERACIÓN AL DESARROLLO

Las gentes del campo, al llegar al bosque, se lavaban las manos en aquella primera fuente de aguas sagradas que les recordaba a su diosa, protectora de quienes en él moraban. Era ella quien cada primavera se encargaba de reverdecer sembrados y huertos.



Con esta evocación a la diosa Feronia, guardiana de los bosques, Quim Muntané, colaborador de la revista *Soberanía Alimentaria, Biodiversidad y Culturas*, nos lleva a conocer las entrañas de la empresa canadiense Feronia Inc. Pero esta corporación no protege a quienes viven en los bosques, al contrario, como vemos en el informe, su vocación es destruirlos a golpe de excavadora y convertirlos en monocultivos de palma africana.

La palma africana está compitiendo con la soja para convertirse en el monocultivo del siglo XXI. Su uso en muchos productos de alimentación, como en la bollería y en la panadería industrial, en el sector de los cosméticos y también como agrocombustible representa muchas tierras acaparadas a la población campesina en todo el mundo. Y en la República Democrática del Congo, uno de los países más empobrecidos del mundo y siempre en el ojo de los intereses europeos, la extensión de estos cultivos lleva el sello de Feronia.

El informe revela otra realidad intolerable. Si hasta no hace mucho tiempo, buena parte de los

fondos dedicados a la cooperación internacional se vehiculaban a través de las ONGD, en la actualidad estos recursos se canalizan a bancos de inversiones que supuestamente favorecerán proyectos interesantes para las comunidades de destino. Pero el ejemplo de Feronia lo cuestiona y desmiente. Feronia, como explica el informe, ha recibido fondos de la cooperación española (AECID) a través de un fondo de inversión.

La colaboración entre Mundubat, GRAIN y la revista *Soberanía Alimentaria, Biodiversidad y Culturas* ha producido dos documentos que exploran y denuncian esta situación, dando la voz a la población afectada.

Enlaces:

Feronia Inc., una diosa desnuda:
<http://soberaniaalimentaria.info/images/estudios/feronia.pdf>

Nuevo agrocolonialismo en el Congo:
<http://grain.org/e/5223>

Consejo editor

Leyes que criminalizan las semillas campesinas

Las semillas constituyen uno de los pilares irremplazables de la producción de alimentos. Millones de familias y de comunidades agrícolas han creado con su trabajo y conocimiento cientos de cultivos y miles de variedades a partir de ellas. El intercambio habitual de semillas entre las comunidades y los pueblos ha permitido que diversidad de cultivos se adapten a diferentes condiciones, climas y topografías y así la agricultura ha ido extendiéndose, permitiendo alimentar al mundo con una dieta variada.

Las semillas también han sido la base de procesos productivos, sociales y culturales que han dotado a las poblaciones rurales de un cierto grado de autonomía. Pero desde la revolución verde, las empresas han desplegado una serie de estrategias para lograr el control de las semillas, desde cuestiones técnicas (semillas híbridas o semillas transgénicas) hasta estrategias comerciales. Aun así, podemos decir que la mayoría de las personas agricultoras y pueblos indígenas han resistido esta apropiación y continúan haciéndolo de maneras diferentes.

El sector empresarial intenta actualmente una nueva ofensiva de escala mundial. Desde la creación de la Organización Mundial del Comercio, y prácticamente sin excepción, todos los países del mundo han aprobado leyes que permiten a las empresas ser propietarias de diferentes formas de vida: ya sea a través de patentes o de los llamados derechos de obtentor o leyes de protección de obtenciones vegetales. Ya es posible privatizar microorganismos, genes, células, plantas, semillas y animales.

En todo el mundo ha habido movimientos sociales, especialmente organizaciones agrícolas

y campesinas, que se han movilizado para evitar que estas leyes fueran aprobadas. La resistencia continúa en muchas partes del mundo e incluso cuenta ya con algunas victorias. Para reforzar este movimiento, es muy importante que el mayor número posible de personas, especialmente en los pueblos y las comunidades rurales más afectadas, comprendan estas leyes cuyas características son:

a) Evolucionan constantemente y son cada vez más agresivas. A través de nuevas olas de presión política y económica (especialmente a través de los llamados tratados de libre comercio, los tratados de inversión bilaterales y las iniciativas de integración regional), las leyes sobre semillas y la protección de obtenciones vegetales son revisadas continuamente para ser adaptadas a las nuevas exigencias de la industria semillera y la biotecnología.

b) Las leyes que ceden derechos de propiedad sobre las semillas se han visto reforzadas por otras normativas que supuestamente deben garantizar su calidad y la transparencia del mercado, además de evitar falsificaciones, entre otras cosas. Estas normativas incluyen la certificación de semillas, la comercialización y las normas sanitarias. Con ellas, empieza a ser obligatorio que se adquieran o utilicen únicamente semillas comerciales adaptadas a la agricultura industrial, o que suponga un delito entregarle semillas a tus descendientes o intercambiarlas con un vecino. El resultado es que las ferias e intercambios de semillas

(que son una creciente forma de resistir a estas leyes) comienzan a ser ilegales cada vez en más países.

c) Las leyes sobre semillas están imponiendo como norma asumir la culpabilidad de cualquier persona que sea acusada de no respetar los derechos de propiedad sobre ellas, tirando por la borda el principio de que las personas son inocentes hasta que se demuestre lo contrario. En algunos casos, se pueden tomar medidas contra la persona acusada sin que se le comuniquen los cargos. Estas leyes sobre semillas están logrando que incluso sea obligatorio denunciar a las presuntas cómplices, legalizando por tanto los registros y la incautación de semillas ante una mera sospecha (incluso sin que sea necesaria una orden judicial) y permitiendo que sean agencias privadas quienes lleven a cabo estos controles.

d) Estas normativas son redactadas de manera imprecisa y con un lenguaje incomprendible y contradictorio, dejando demasiado margen para su interpretación. En la mayoría de los casos, las leyes pasan por las cámaras legislativas en secreto o a través de acuerdos internacionales que no se pueden debatir a escala nacional ni local.

España: mercados locales de semillas y verduras en tiempos de crisis

En España la crisis económica, entre otros factores, está llevando a revalorizar la agricultura de pequeña escala o campesina como una alternativa, especialmente entre la gente joven. Muchas de estas personas, organizadas en redes y espacios colectivos, producen de manera directa para su entorno más próximo y lo hacen a partir de las variedades campesinas y locales. También son frecuentes las ferias y encuentros donde se intercambian semillas y se organizan talleres para aprender a seleccionarlas y conservarlas. Como en muchas otras partes de Europa, las semillas que manejan estas redes no pueden ser vendidas dado que no cumplen las normas exigidas por el catálogo oficial y, aunque lo hicieran, la certificación sería demasiado cara y burocrática. Es por ello que desde muchas organizaciones se está presionando a las diferentes administraciones

para que desarrollen políticas que favorezcan el uso y conservación de las semillas locales. Hay algunos resultados, como en Cataluña, donde el Gobierno autonómico ha elaborado un “catálogo de variedades locales de interés agronómico” y establecido una regulación específica para registrar las variedades que no cumplan los criterios DHE (distinción, homogeneidad y estabilidad). Sin embargo, también esta regulación ha sido polémica al establecer límites geográficos para su venta (dentro de Cataluña) y restringir las cantidades de venta. Por otra parte, estas semillas solo se pueden vender a personas que no se dediquen a la agricultura de manera profesional, lo que supone un problema para quienes viven de la agricultura de pequeña escala.

Las redes de semillas también están preocupadas porque las leyes locales puedan conllevar nuevas restricciones de uso. Por ejemplo, una fundación en Cataluña, cuyo objetivo es “usar el potencial gastronómico y nutricional como una fuente de valor añadido”, ha tomado tres variedades tradicionales de tomates y ha obtenido la Protección de las Obtenciones Vegetales sobre estas durante un período de 25 años. Esta fundación también ha empleado el marco legal de las indicaciones geográficas para limitar los lugares de venta de las variedades tradicionales de judías, comercializándolas como una marca local y por tanto restringiendo su área de cultivo.

Debido a la preocupación que supone el riesgo de apropiaciones como estas, algunas redes de semillas de otros territorios han comenzado a registrar las variedades locales por medio de otros regímenes locales para así evitar su apropiación. Todo ello ha llevado a una situación en la que agricultoras y agricultores se sienten en un callejón sin salida, en un marco legal en el que conservar y utilizar variedades locales significa dejar de compartirlas. El debate continúa en España. ¿Se pueden contrarrestar las leyes desfavorables y escritas por la industria con la legislación local? ¿Cómo garantizar que las semillas sigan siendo un bien común sin limitar su uso?

Informe Criminalización de las semillas campesinas. Resistencias y Luchas:
www.grain.org/es/article/entries/5143-la-criminalizacion-de-las-semillas-campesinas-resistencias-y-luchas#Intro

Asociación Emaús



Soberanía alimentaria y comunidad

REFLEXIONES A PARTIR DEL INFORME DANDO VIDA A UNA IDEA

La soberanía alimentaria, como propuesta política que cuestiona y denuncia los impactos y el modus operandi del sistema hegemónico, conlleva cuestionar también nuestras formas de relacionarnos, organizarnos, de vivir, de lo que ponemos en valor, buscando una construcción colectiva de la acción local, real y transformadora. Por ello, es fundamental una reconexión colectiva, la recuperación de la noción misma de comunidad.

El capitalismo neoliberal y patriarcal aplicado al sector campesino (y al resto del ámbito agroalimentario) supone la especialización productiva y la alienación colectiva, la desaparición gradual de sistemas de propiedad común, la pérdida de acceso a los recursos productivos, el alejamiento entre personas productoras y consumidoras, la pérdida de identidad como colectivo y también la pérdida del propio concepto de comunidad, de localidad y territorio, de espacio físico donde nos movemos.

Al rescate de lo comunitario

Cuando hablamos de comunidad nos referimos a todas las personas y colectivos que habitan un territorio: niños/as, jóvenes, personas adultas y mayores, centros educativos, grupos de educación no formal, asociaciones gastronómicas, culturales, de mujeres, feministas, de inmigrantes, deportivas, de tercera edad, grupos de consumo, caseríos, pequeño comercio, industria, empresas de turismo, medios de comunicación locales, asociaciones de carácter político, ludotecas, asociaciones de madres y padres, sindicatos, etc. También, desde un enfoque de gobernanza y de resignificación de lo público, incluiríamos a la Administración Pública Local.

Es cierto que cada pueblo, valle y ciudad tiene sus características y contexto. Nos gustaría que, allí donde estemos, existieran ya un tejido socioeconómico dinámico y cohesionado, otras experiencias agroecológicas con vocación de transformación social, una sociedad concienciada y responsable en su consumo y su participación. Pero raramente se unen todos los factores. Los procesos de desarrollo comunitario desde la autogestión y participación son procesos pedagógicos y culturales, largos y no lineales y desde una mirada feminista y de derechos rescatan ciertos valores y funcionamientos comunitarios. Procesos cuyo ritmo hay que compaginar con el de la propia experiencia económica y su viabilidad ya que, en cierta medida, la viabilidad y sostenibilidad de las iniciativas económicas está íntimamente relacionada con dicho proceso de fondo.

Viabilidad y comunidad una simbiosis imprescindible

Diferentes estudios y experiencias demuestran que aquellas iniciativas económicas que, en su naturaleza y en su desarrollo, integran el vínculo

con la comunidad, tienen más posibilidades de superar dificultades y situaciones de crisis, reforzando así sus posibilidades de sostenibilidad. A su vez, al construir alternativas reales desde un enfoque de transformación social, corresponsabilidad y justicia social, nutren el tejido social y el desarrollo comunitario.

La reconexión de las iniciativas de soberanía alimentaria con lo comunitario y colectivo, a menudo no resulta sencilla en la práctica. Pero, sin duda, es posible trabajarla. ¿Cómo podríamos fomentar este vínculo cuando vamos a poner en marcha una iniciativa?

- Desde la comunicación externa, haciendo llegar a la comunidad quiénes somos. Utilizando para ello recursos públicos (casas de cultura, periódicos locales...) y de los colectivos (radios comunitarias, sedes de organizaciones sociales...).
- Definiendo nuestros productos/servicios basándonos en un diagnóstico participado de necesidades locales.
- Implicándonos en los espacios municipales de participación formal o informal (foros de diversos colectivos, canales de participación directa, etc.). Fomentando aquí propuestas creativas e integrales para el desarrollo comunitario, siempre desde nuestros principios de justicia social y equidad, así como de corresponsabilidad colectiva en los cuidados y en la reproducción y sostenibilidad de la vida.
- Solidarizándonos con las demandas y propuestas de otros colectivos y sectores. Potenciando redes horizontales de entidades sociales de base e implicándonos en ellas.
- Estableciendo un diálogo con otras personas que estén en el sector, intentando llegar a estrategias compartidas en difusión, comercialización, retención y atracción de jóvenes y talento al mundo rural...
- Fomentando vínculos emocionales con el territorio, la tierra, la casa. Sensibilizando sobre la importancia de la producción local de alimentos como elemento generador de trabajo y empleo, de salud, de patrimonio cultural –supervivencia de pueblos, culturas y agroculturas–, de control de la vida –propia, de la familia, de la comunidad y naturaleza–.

Voces desde el terreno

“Al ser experiencias innovadoras pueden generar rechazo, recelos, sensación de ser “perros verdes” utópicos. Pero luego suele haber un acercamiento”.

“Hace falta realizar bastante trabajo hasta que el pueblo o barrio te ve con buenos ojos, luego incluso la municipalidad te consulta, apoya o integra tus iniciativas”.

“Debemos ser elásticos y abiertos, no que todos los miembros tengan el mismo perfil”.

“La cultura es cómo una sociedad soluciona sus problemas. La participación es un rollo pero llegas a los planteamientos óptimos, sentidos como propios por toda la comunidad. Es necesario el asesoramiento técnico en algunos aspectos, pero las decisiones últimas son de la comunidad o colectivo. Es necesaria una cultura asamblearia de los miembros. Pensar conjuntamente: qué queremos ser en 50 años, e ir construyéndolo. Las niñas y niños también participan en asambleas, se educan en la participación”.

Fragments de entrevistas que alimentan la publicación *Dando vida a una idea: herramienta práctica para la viabilidad integral de las experiencias económicas de Soberanía Alimentaria*.

En términos generales, esta labor necesita de una visión a largo plazo y debe ser sentida como beneficiosa y necesaria por todos los miembros de la comunidad. Las visiones de alianzas instrumentales, sean de dominación por unos colectivos sobre otros, o de participación utilitaria y pasiva, no favorecen valores de construcción comunitaria. Igualmente, debería buscar superar la socialización de género, heteropatriarcal y machista, construyendo nuevas relaciones de poder en la vida cotidiana y el sistema social.

En cualquier caso, en un esfuerzo de honestidad y conciliación, en lo referente a la participación en redes –comunitarias o no– y a la articulación con otros agentes, es fundamental medir las fuerzas y priorizar. Teniendo siempre en mente el objetivo de otro modelo de desarrollo en lo local, buscar el equilibrio entre seguir aportando al desarrollo comunitario sin dejar de atender el quehacer de la propia iniciativa.

Terminamos con una cita de Cristina Carrasco en su artículo “Apuntes para una vida sostenible”:

“Todas las luchas sociales conocidas a lo largo de la historia se han desarrollado a partir de la capacidad de la gente de sentirse parte de una cierta comunidad de iguales, a menudo

confrontada con otros intereses o instituciones ajenas y contrarias a ella. Gracias al desarrollo de esa cooperación fundada en el principio del ‘hoy por ti y mañana por mí’, que siempre presupone un cierto grado de cercanía y reciprocidad, la acción colectiva ha podido invalidar tantas veces la presunción de muchos economistas según la cual, el interés puramente individual debería llevar a todo el mundo a no implicarse en acciones colectivas para rehuir el coste personal que suponen, aprovechándose en todo caso de que sean las demás personas quienes lo asuman. Desde luego, si todo el mundo se comportara así, nunca habría habido acción colectiva ni existirían luchas sociales”.

Asociación Emaús

<http://emauscursos.com/pdf/DEF-DandoVidaBajaResolucionPliegos.pdf>

PARA HACER POSIBLE ESTA REVISTA, TE NECESITAMOS

Para pensarla y llenarla de contenidos; para darle vueltas y vueltas; para juntar las letras, artículos y páginas; para darle forma y color; y finalmente para poner la revista en rutas y caminos hasta tus manos, necesitamos de tu apoyo. Una bonita forma de hacerlo es colaborar mediante una aportación anual. Es poco, pero es **mucho**.

Además, durante este verano, a cambio de tu colaboración, recibirás en casa una primera entrega con el número 21 de la revista y el obsequio que tú elijas:

– los cuatro números anteriores de la Revista:



– uno de entre estos seis libros de Ecologistas en Acción:



APORTACIÓN ANUAL

Si deseas recibir trimestralmente la revista puedes enviar tus datos completos a suscripciones@soberaniaalimentaria.info o bien por correo postal a: **Revista Soberanía Alimentaria, Biodiversidad y Culturas, GRAIN, c/ Girona 25, 08010-Barcelona.**

Para llevar a cabo tu aportación de 30 € puedes hacer un ingreso en la cuenta corriente 1491 0001 21 2061686222 [Triodos Bank] indicando el concepto y tu nombre, por favor. Las organizaciones campesinas y otras organizaciones sociales pueden recibir gratuitamente la revista, solicitándolo directamente a alguna de nuestras organizaciones colaboradoras o bien a la propia Revista.



Amigos de la Tierra

